

Lina Mars

Amor

*a la
inesperada*

Amor a lo inesperado
Lina Mars

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

I

Alicia estaba inmersa en un mar de anotaciones, páginas y libros aquella noche. Desde hacía más de cinco horas, no paraba de leer. Siempre solía prepararse muy bien para los exámenes; pero, en aquella ocasión, el esfuerzo era aun más intenso, pues aquella evaluación era lo único que la separaba del último semestre en la universidad. Así que tenía que asegurarse de obtener la mejor calificación posible.

Estaba completamente concentrada en alcanzar esta meta. Sentía que no podía distraerse con nada. Ya llegaba el momento de culminar con el objetivo que se habían planteado al ingresar en la facultad. Ella no tenía la edad típica de los estudiantes universitarios, era unos cuantos años mayor que la media. Esto era porque no tuvo la opción de ingresar cuando lo hubiese deseado, tuvo que encargarse de otros asuntos antes. Sin embargo, siempre tuvo en mente lo que quería hacer y ahora estaba a punto de lograrlo.

—Ali, vienen unos amigos a casa. Beberemos algo, ven. —le escribió Karina, la amiga y vecina de Alicia.

—No puedo. Estoy estudiando. —le respondió ella.

—Es sábado.

—El lunes tengo examen. —le replicó Alicia.

—Qué aburrida, de verdad. Deberías despejarte un poco.

—Otra vez será. No te pongas pesada.

—Te dejo estudiar, aburrida.

Desde hacía unos años, Alicia no tenía demasiado tiempo para compartir con sus amistades; sin embargo, esa situación no le pesaba, pues realmente estaba centrada en su meta: una licenciatura en química con honores; y estaba a punto de lograrlo. Aquella noche no durmió sino hasta las tres de la mañana, cuando ya no lograba ver ni una letra más.

Como era de esperarse, el lunes Alicia presentó el examen que tenía programado y apenas terminó sabía que había obtenido el resultado que deseaba. Se sintió feliz y satisfecha, nada le impediría que en algunos meses

ella recibiera ese título que había estado esperando por mucho tiempo.

Inmediatamente después de la evaluación, Alicia se fue de manera directa al taller automotriz de su padre. Ella trabajaba con él desde que se había graduado del instituto, pues en ese entonces el negocio estaba pasando por dificultades y se necesitó del esfuerzo de toda la familia para salir adelante. Aunque en la actualidad, toda la familia solo era ella y su padre.

Cuando ella comenzó a trabajar en atención al cliente del taller, su hermano Ernesto llevaba tiempo trabajando con los coches junto a su padre. Era uno de los mejores mecánicos; sin embargo, era obvio que no era algo que le gustaba o que, por lo menos, tolerara. Estaba claro que Ernesto solo trabajaba en el lugar por una obligación familiar.

No pasó mucho tiempo para que Ernesto le anunciara a su padre que dejaría el taller, pues había conseguido un trabajo en una firma de contadores. A Alicia y a Víctor, su padre, les pareció un poco extraño, ya que él no había mostrado interés por ese tipo de actividad, pero no quisieron quitarle a Ernesto las ganas de ser mejor con preguntas y dudas.

A Víctor le estaba siendo difícil conseguir un empleado que cubriera a su hijo, así que solía tener que trabajar aun más que antes; no quería desperdiciar ningún trabajo, pues realmente necesitaban el dinero para mantener el negocio. Tanto hija como padre se enfocaron completamente en el taller y no se dieron cuenta de lo que hacía Ernesto, lo veían poco y hablan aun menos con él.

—Buenas tardes. Estamos buscando al señor Ernesto Solano. — anunciaron dos oficiales de policía en atención al cliente del taller.

—Él no está aquí, debe estar trabajando. —respondió Alicia sin comprender lo que sucedía.

—Ya intentamos localizarlo en las oficinas y en su residencia. Sabemos que este es el negocio de su padre, ¿podemos hablar con él?

—Sí, claro. —Alicia fue a informarle a su padre lo que estaba pasando.

—Esto debe ser alguna clase de error. —fue lo que Víctor dijo cuando supo las acusaciones que pesaban sobre su hijo.

Ernesto había estado estafando a algunas empresas en conjunto con los otros integrantes de la firma de contadores. Lamentablemente aquello no era mentira. Los oficiales no pudieron encontrarlo y ni su propia familia estaba en conocimiento de dónde se hallaba. Alicia se sentía muy decepcionada y apenada por las acciones de su hermano, pero más que nada estaba muy preocupada por la tristeza que brotaba del rostro y de la voz de su padre.

—No entiendo Ali. Sé que no les di una vida de lujos, pero creí que les había enseñado el valor del trabajo decente, del esfuerzo. —le dijo un día en medio de la desesperación.

—No se trata de eso papá. No se trata de ti o lo que hiciste.

—Seguramente tu madre no pensará lo mismo. —él no levantó la mirada del suelo.

Alicia no supo qué decirle. Entendía la gran aflicción de su padre. Estaba completamente segura de que él no había hecho nada mal, aunque las cosas no estuviesen yendo bien. Su madre lo había abandonado hacía varios años atrás. Ella había decidido separarse de él y tanto Alicia como Ernesto se quedaron con su padre. Era lo lógico, ya que Ana Patricia no era la mujer de gran sentido maternal.

Todo aquello se había mezclado y era demasiado para Víctor. Alicia sentía que no podía abandonar a su padre, ni emocional ni laboralmente. En medio de aquella situación, pasaron algunos años; Ernesto seguía sin aparecer, solo llamaba algunas veces a casa de manera breve para anunciar que estaba bien, el taller comenzó a mejorar y, entonces, Víctor le pidió a Alicia que se inscribiera en la universidad, como siempre lo había deseado.

—Podemos pagarle a alguien para que te ayude y se encargue de las cosas mientras tú no puedas estar. —le dijo su padre.

—Pero no es necesario. —dijo ella de manera insegura.

—Sí lo es. Ya has dedicado suficiente tiempo a esto, ahora deberías dedicarte a lo que realmente deseas. —él insistió.

Ante el apoyo de su padre, Alicia sólo pudo comenzar el camino que ahora estaba a punto de terminar. Después de aquello no estaba segura de lo que le depararía el futuro, pero pensaba que tenía opciones; lo que la hacía sentir esperanzada y emocionada por primera vez en mucho tiempo.

—Kari, vamos a celebrar. —le escribió un mensaje de texto a su amiga cuando verificó su calificación en aquella evaluación.

—Eso era lo que quería leer. ¡Por fin!

Alicia y Karina salieron a un bar cercano a celebrar. Alicia estaba muy feliz y Karina aun más de poder compartir con su mejor amiga. Hacía tiempo que no hacían nada juntas y había llegado la noche. Se sentaron en una mesa y pidieron dos margaritas, conversaron de nimiedades y se rieron de algunas anécdotas en común.

—¿Alicia? ¡Hola! —escuchó Alicia una voz masculina a su lado.

—Hola... Juan Carlos... —ella se levantó de su asiento para saludarlo.

—Qué bueno verte por acá.

—Lo mismo digo. Te presenté a mi amiga.

—Mucho gusto. —él le extendió la mano a Karina.

—Hola, ¿qué tal? —respondió ella.

—Ella es mi novia, Marla. —dijo Juan Carlos señalando a la chica a su lado.

—Un placer. —dijo ella con ensayada amabilidad.

—Bueno, las dejo disfrutar. Feliz noche. —él mostró una sonrisa y siguió su camino, mientras que Alicia lo miraba fijamente a la vez que se alejaba.

—¿Ali? —le dijo Karina extrañada por el gesto de su amiga.

—Dime.

—Te quedaste un poco rara.

—No pasa nada. —dijo ella y bebió un sorbo de su tercera margarita.

Juan Carlos era uno de los proveedores de repuestos de coches del taller donde trabaja Alicia, lo conocía desde hacía un par de años atrás. Desde entonces a ella le pareció atractivo y se ponía ligeramente nerviosa al estar en su presencia. Él tenía una sonrisa amplia, una voz profunda y cierta manera de ser difícil de deducir.

Desde la misma mañana que lo conoció sintió que algo extraño le pasaba con él. Incluso llegó a fantasear con sus labios y hasta con ser su novia. Durante un tiempo, ella tenía la sensación de que él también tenía atracción hacia ella, pues cada vez que iba al taller pasaba a hablar con ella, no de asuntos laborales sino de muchas otras cosas. Ella le sonreía ampliamente y él le contaba algunas anécdotas.

—Me gusta mucho hablar contigo. No sé por qué. Siento que de verdad me escuchas y te interesa lo que digo. Deberíamos un día tomarnos un café juntos y hablar un poco más. —le comentó una tarde y Alicia flipó por una semana entera.

Una noche Víctor le pidió a su hija que lo cubriera en una diligencia, necesitaba que fuera a hacer la petición en el proveedor; debido a que él se había comprometido a recibir a un cliente importante y no quería fallarle. Alicia no chistó en lo absoluto, ya que sabía que iba a encontrarse con Juan Carlos. Aquella noche durmió ilusionada, se levantó sin pesadez, ni siquiera necesitó la segunda tasa de espresso.

Ella se dirigió de manera inmediata a primera hora de la mañana al lugar

donde trabajaba Juan Carlos. Se debatió entre llevarle un café o lucir despreocupada, tipo casual para no parecer desesperada con él. Ya desde hacía tiempo estaba esperando que él tomara la iniciativa de invitarla a salir, esa mañana ella decidió que en la era moderna las mujeres no necesitaban esperar y podía tomar acciones. Así que invitaría a Juan Carlos a salir.

Cuando llegó al local, la remitieron con la oficina de Juan Carlos, como ella sabía que ocurriría y fue encantada. Juan Carlos al verla le mostró la amplia sonrisa de costumbre y ella sintió que su corazón se aceleraba.

—¡Hola! Qué agradable sorpresa. Normalmente no recibimos en este lugar mujeres y menos tan lindas como tú. Imagino que vienes a hacer el pedido. —le dijo él.

—Sí. —le dijo ella extendiéndole un documento.

—Excelente. —él lo tomó y lo revisó con detalle.

—Oye, ¿y tú trabajas acá hasta qué hora? —le preguntó ella aclarando su garganta.

—Depende del trabajo pendiente.

—¿Qué tal estás hoy?

—Un poco complicado. ¿Por qué? —él alzó la mirada.

—Bueno, pensé que podríamos ir a tomar ese café que conversamos hace tiempo.

—Sí... Claro... —le dijo él un poco dudoso.

—Pero si no puedes... —ella se sintió incómoda.

—Bueno, realmente no sé a qué hora pueda salir hoy. Pero cuando termine te puedo escribir y... —lo interrumpió la puerta abriéndose.

—Hola cariño mío. —entró una morena alta de curvas muy obvias, con falda ceñida pegada al cuerpo, y lo saludó con un beso en la boca.

—Hola linda. ¿Me esperas un momento? Estoy con un cliente.

—No es necesario, creo que ya terminamos. Entonces, esperamos esos repuestos para esta semana. —le dijo Alicia rápidamente.

—Sí, está bien. —él respondió sin mirarla.

Alicia no se sintió triste, se sintió completamente avergonzada. Deseosa de que aquello no hubiese ocurrido nunca. Se sentía pequeña, tonta, inocente. Había estado completamente segura de que él había coqueteado con ella, pero obviamente se había equivocado, pues ella nada tenía que ver con el tipo de mujer que aparentemente le atraía a él.

Alicia es una mujer de mediana estatura, con el cabello largo, de curvas

delicadas, con lentes de vista y vestimenta cómoda. No se sentía como una mujer especialmente atractiva y al lado de aquella mujer que saludó a Juan Carlos se sintió francamente diminuta. Estaba claro para Alicia que él no se había fijado ella y no lo haría.

—Sí te pasa algo. —le dijo su amiga en el bar después de ver la mirada de su amiga.

—Es que él es Juan Carlos.

—¿Qué Juan Carlos?

—Karina, el que te conté. El proveedor, de la novia morena. —le recordó Alicia.

—¿Ese Juan Carlos? Pero... esa chica no es morena.

—Esa es otra. —le dijo Alicia levantando una de sus cejas.

—Oh... —exclamó Karina sonrojada.

—No pasa nada. —Alicia le dio otro sorbo a su coctel.

—Ali, él es tu tonto. Tú eres una mujer preciosa y estoy segura que muchas aventuras están por venir en tu vida. —le dijo Karina con una sonrisa pícaro.

—¿Y esa sonrisa?

—¿Cuál? —Karina se rió.

—Esa.

—Hay un tipazo mirándote desde la barra.

—Seguro no es conmigo. —le respondió Alicia incrédula.

—Es contigo, ya verás.

—Buenas noches, señoritas. Los caballeros de la barra les envían estas bebidas. —las interrumpió el mesonero.

—Gracias. —sonrió Karina.

—¿Puedo voltear? —le preguntó Alicia.

—No. Los vamos a invitar a la mesa. —dijo Karina con firmeza.

—¡No! —dijo Alicia exaltada sin poder evitar que Karina hiciera un gesto de invitación a la mesa.

—Buenas noches chicas. Esperamos que no haya sido un abuso nuestra invitación. —se dirigió uno de los hombres a ellas.

—No, para nada. Muchas gracias. Si quieren, pueden acompañarnos. —les dijo Karina señalando las sillas vacías.

—Gracias. Mi nombre es Simón y él es Sergio. —ambos les extendieron las manos a las chicas.

—Gracias por las bebidas. —expresó Karina.

Simón se sentó al lado de Karina y Sergio al lado de Alicia. Ella inmediatamente notó cierto nervio de parte del sujeto a su lado, lo observó y le pareció ridículamente atractivo. Era alto, de cabello oscuro, liso, muy acicalado, labios rosados brillantes, ojos profundos, manos grandes y vestimenta un poco más formal de la que se suele ver en ese tipo de lugares. A ella le hizo cierta gracia la actitud de él, pues obviamente no tenía por qué sentirse inseguro. Al instante, sintió un aroma agradable, era el perfume de él. Nunca antes lo había percibido, pero al mismo tiempo le pareció un aroma muy familiar y le dio una sensación cálida.

—¿Qué estás bebiendo? —le preguntó Alicia a Sergio, ignorando la conversación al otro lado de la mesa entre Karina y Simón.

—Es vodka con limón. —le dijo él, con una voz grave que a ella le sorprendió.

—Gracias por las bebidas. —le dijo ella tratando de escucharlo de nuevo.

—Fue idea de Simón en realidad. —él se sonrojó.

—Entonces, ¿no querías invitarnos los cocteles?

—No, no, no quise decir eso... —él tartamudeó.

—Está bien. está bien. Estoy bromeando. —ella rió.

—Disculpa. Estoy nervioso, si te soy sincero.

—¿Por qué?

—Hace mucho tiempo que no hago esto. —le confesó él.

—¿Hablar con una mujer? —Alicia se sintió un poco pícara, se lo atribuyó a las tres margaritas previas.

—Con una tan linda... —dijo él con una leve sonrisa.

Alicia y Sergio se sintieron muy a gusto rápidamente, la conversación entre ellos fluyó muy bien y no había que estar muy cerca de ellos para saber que existía una atracción entre los dos. Alicia sonreía insistentemente, mientras que Sergio intentaba concentrarse en la conversación pero su mirada caía hasta la boca de ella. Entre palabras y risas, cada uno bebió tres vasos más de su bebida y espantaron la inhibición que quedaba entre los dos.

El lugar estaba repleto, el ambiente era cada vez más festivo y sonaba música muy sugerente. Ya Karina y Simón estaban en la pista cuando Sergio le preguntó a Alicia si quería bailar; ella no dudó en aceptar su invitación y tomada de su mano se dirigió al centro de la pista.

Sin una gota de alcohol en su cuerpo, seguramente Alicia no se habría atrevido a bailar aquella música; sin embargo, por sus venas corría una buena

cantidad de alcohol. Además, después de su desencuentro con Juan Carlos, se sentía fantástico estar frente a un hombre tan atractivo que parecía auténticamente interesado en ella.

La música que sonaba invitaba a las parejas a estar muy cerca, Alicia y Sergio no eran la excepción. Él colocó sus manos en la cintura de Alicia, ella colocó las suyas en los hombros de él mientras que movía sus caderas al ritmo de la música. Ella se sentía hipnotizada por el aroma de él y Sergio estaba sumergido en los movimientos sugerentes de su compañera de baile.

Después de un rato, casi no quedaba espacio entre sus cuerpos; al punto en el que sus narices estaban una al lado de la otra, de tal forma que podía sentir el aliento del otro. Sus labios estaban a milímetros y continuaban bailando. Alicia mordió su labio inferior en signo de deseo por besar a aquel desconocido y Sergio sentía su corazón desbocado por la excitación de aquel momento tan sensual. Ninguno daba el siguiente paso, estaban muy cómodos provocándose entre sí con la cercanía, el aliento y los movimientos.

—Alicia, vámonos. —le habló Karina de pronto.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—Vamos, ¿sí?

—Ok. —Alicia miró a Sergio para decirle algo, pero no sabía qué.

—Dame tu número. —le dijo él de inmediato.

Alicia le dio su número a Sergio y deseó con todas sus fuerzas que le escribiera pronto. Antes de despedirse, ella le guiñó el ojo y él le respondió con una sonrisa un poco atontada. Ella quería saber por qué su amiga se había querido ir así, pero dejó las dudas a un lado y se dedicó a disfrutar de la sensación que tenía. Aun podía sentir el olor de él, sus manos en la cintura y la mirada insistente en sus labios; todo aquello la hacía sentir muy excitada.

Cuando estuvo en su cama, Alicia se desvistió, cerró los ojos y recordó lo que aquel hombre le hizo sentir. Se sintió natural cuando bajo su mano para aumentar la excitación que sentía. Con su mano se acarició con delicadeza por unos cuantos segundos antes de usar un ritmo mucho más intenso. Pensaba en ese hombre que apenas había conocido hacía unas horas atrás, veía sus labios, su deseo controlado, lo imaginaba desnudo poseyéndola con fuerza. Después de unos minutos, un orgasmo húmedo, cálido e intenso se apoderó de su cuerpo.

II

Alicia se despertó al siguiente día con resaca, como era de esperarse. Enseguida se sentó en la cama y supo que debía ir directo al refrigerador por un vaso de agua que equilibrara un poco su cuerpo. Después que tomó la mayor cantidad de agua que pudo se dio cuenta que Karina también estaba allí y la miraba; entonces recordó el arrebato de su amiga la noche anterior.

—Kari, ¿qué pasó?, ¿por qué nos fuimos así?, ¿te hizo algo? —le preguntó Alicia preocupada.

—No, él fue muy amable conmigo, más bien estoy avergonzada con él por haberme ido así.

—No entiendo.

—Es que me sentí avergonzada porque me sentí con náuseas, así que no quise que me viera así; y él de verdad me agradaba; no sé qué debe estar pensando de mí. —le dijo sonrojada.

—Creo que exageraste un poco.

—Sí, pero estaba bebida; no procesé bien la situación. Oye, pero te vi a gusto con el amigo de Simón, ¿cómo se llama? —le preguntó inquisidora.

—Sergio... —respondió Alicia recordando todo lo de la noche anterior, incluso su arrebato en solitario.

—¿Cómo te fue con él?

—Bien, es muy agradable.

—Yo creo que un poco más que bien. —tenía media sonrisa en el rostro.

—Sí, un poco más que bien; ¿vale?

—Vale. ¡Hey! ¿Él te dio su número?, ¿le puedes pedir el de Simón? Necesito disculparme. —Karina le dijo con ansiedad.

—No, yo le di mi número a él... ¿y mi móvil? —Alicia de pronto sintió un frío que recorrió todo su cuerpo, pensando en la posibilidad de que él le hubiese escrito.

Alicia no solía estar demasiado atenta a su móvil, como es usual en la mayoría de las personas; todos los que la conocía estaban de acuerdo en que se tardaba demasiado en contestar los mensajes de texto y que no solía contestar a la primera llamada, a menos que fuera el de la oficina del taller de

su padre.

—Buenos días. Espero te encuentres muy bien. Confieso que me desperté pensando en ti. Fue muy agradable conocerte. Espero que pronto nos encontremos de nuevo. Este es mi número. —Alicia leyó el mensaje, y aunque no especificaba el remitente, ella estaba completamente segura de saber de quién se trataba.

En el pecho de Alicia su corazón se desbocó. Estaba claro que lo que ella había sentido era recíproco. No recordaba haberse sentido así por la cercanía de alguna persona en su vida. No estaba segura si había sido asunto del momento o si de verdad lo que Sergio le hizo sentir la noche anterior era el inicio de algo muy intenso. Ella estaba dispuesta a averiguarlo.

—Buenos días. Estoy muy bien. Me gustaría saber en qué te despertaste pensando. —le respondió ella, luego de reflexionar un poco acerca de sus palabras.

—En tus ojos, tu voz, tu aliento... Espero eso no te moleste. —le respondió él enseguida.

—No me molesta. —le envió ella sin saber qué más decir, debido a la emoción.

La realidad era que Alicia no era demasiado coqueta; pero probablemente no había tenido el impulso o la oportunidad de serlo. Sin embargo, había algo en ese hombre que la hacía sentir estimulada para provocar; aquello era algo muy novedoso para ella.

Alicia dejó de lado el móvil y entró a la ducha con una sonrisa. Ya no sentía los vestigios del alcohol en su cuerpo, seguramente porque la adrenalina de estar en contacto con Sergio era mucho más embriagante. Se esforzó por permanecer bajo el agua un poco más de lo deseado, pues no quería darle a entender a Sergio que estaba desesperada, contestando tan rápidamente a sus mensajes. Trató de calmarse un poco.

Los planes de Alicia para ese fin de semana era tomarse un tiempo de descanso, pues a inicios de la semana siguiente debía realizar la inscripción en el último semestre e iniciaría las clases de manera inmediata. Sabía que sería una temporada difícil, así que quería estar relajada al comenzar la última etapa de su carrera.

Desde ese momento, Alicia y Sergio no dejaron de escribirse. Conversaron de diversos temas: gustos musicales, películas, libros, viajes deseados y mucho más. Él le contó que se había mudado a la ciudad hacía tan

sólo unos días pues se había trasladado por asuntos profesionales. Era obvio que congeniaban de manera estupenda.

Alicia no podía borrar la sonrisa de su rostro. Realizó sus actividades habituales pero con el móvil siempre a la mano, escribiéndose con Sergio. Desde la ausencia vieron películas juntos, se rieron juntos, tuvieron pensamientos indecibles juntos. Ambos, sin confesárselo, revisaron algunas de las redes sociales del otro. Alicia sentía mucha curiosidad por él, pues los comentarios o fotografías de las redes sociales de él eran muy limitados; se sintió identificada pues ella era de la misma manera, no publicaba demasiado.

A pesar de la escasez de imágenes, Alicia pudo ver algunas fotografías de él y percatarse de que realmente era tan atractivo como lo recordaba de la noche anterior. Se preguntaba la razón por la cual él se había fijado en ella y no podía evitar sentirse insegura acerca de esa posible atracción.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo Alicia a Sergio al finalizar el día domingo.

—Claro.

—¿Sueles ir a lugares a beber y conocer chicas? —quiso saber ella.

—Sinceramente no. Hacía muchos años que no salía, ni siquiera con amigos. Y mira la suerte que tuve de conocerte. ¿Y tú sueles hacerlo? —le respondió él.

—No. Karina tenía tiempo pidiéndome que saliéramos, hasta que accedí. ¿Tú por qué saliste esa noche?

—Simón quiso hacerme sentir bienvenido en la zona supongo y sentí que debía relajarme un poco antes de comenzar la jornada laboral.

—¿Cuándo comienzas? —preguntó Alicia.

—Mañana.

—Éxitos.

—Gracias.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —ella insistió.

—Sí.

—¿Qué los impulsó a invitarnos la bebida? —ella no se despegaba del móvil.

—Simón notó que mi mirada se desvió en tu dirección, me preguntó a quien miraba y le conté que era a ti. Entonces me sugirió que te hablara, pero tuve vergüenza; así que él tomó esa iniciativa. Me sentí nervioso, ahora se lo agradezco mucho. —le contó él.

—¿Por qué me miraste?

—No puedo creer que me preguntes eso. Eres hermosa. ¿Cómo hubiese podido evitarlo? —Alicia se sobresaltó al leer ese mensaje.

—¿De verdad crees eso?

—No es un asunto de creer, es una realidad; lo eres. Y no sólo eres hermosa, en tu mirada y forma de hablar puedo ver que tienes mucho más que belleza; eres inteligente, interesante y amable. Además, he de confesar que eres muy sensual.

—¿Sensual? —ella se sonrojó.

—Sí, no puedo dejar de pensar en la manera como bailaste conmigo, en tu cabello, en la cercanía de tu boca con la mía. De verdad espero que eso no te moleste.

—No me molesta. Me sucede lo mismo, no puedo dejar de pensar en tu cercanía. —le confesó ella casi temblando.

—Me encantaría volver a tenerte así de cerca, pero ahora sin tantas personas. —Alicia enseguida sintió una tibieza en su interior.

—¿Y qué harías? —le preguntó ella con picardía.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí. —respondió rápidamente.

—Quisiera besarte, apretarte contra mi cuerpo y no soltarte. Claro, si me lo permites.

—En realidad me encantaría.

—¿Qué más te gustaría? —le preguntó Sergio.

—Me da vergüenza decirte.

—No se vale. Yo te dije lo que me gustaría, es tu turno. —le escribió ella.

—No sabía que era de turnos.

—Bueno, es lo justo.

—Está bien. Me gustaría volver a sentir tu aroma y tus labios recorriendo mi cuello. —ella envió el mensaje y apartó el móvil, apenada.

Alicia estaba excitada y lo sabía. Le daba un poco de vergüenza estar tan estimulada por una idea, pues él ni siquiera se encontraba frente a ella. Sabía que no era algo fuera de común en la época que transcurría, en la que todos se conocían a través de mensajes de textos y redes sociales; pero no había experimentado algo así. Ella siempre había sido un poco más tradicional para esas cosas.

Ella sintió que había llegado un nuevo mensaje a su móvil y sabía que se

trataba de él; sin embargo, tenía nervios de leer lo que él escribiera como respuesta a aquella confesión tan subida de tono que ella le había hecho. Fue a la cocina por un vaso de agua y caminó lentamente de regreso a su cama, decidida a leer el mensaje.

—¿Me dejarías hacerlo? —le preguntó él.

—Normalmente diría que no, pero no sé qué me sucede contigo que quisiera pedírtelo. —Alicia mordía su labio inferior mientras esperaba la respuesta a ese mensaje.

—Podrías pedirme lo que quisieras.

—¿Se lo dices a todas? —ella no podía evitar cierta desconfianza.

—Créeme que no. De todas maneras hay tiempo para que pueda demostrártelo.

—¿A qué te refieres?

—A que si me dejas quiero estar en tu vida, cerca de ti. —ella se sintió emocionada al leer esas palabras.

—No me conoces.

—Quiero conocerte. ¿No quieres lo mismo? —le preguntó él.

—Sólo si tu deseo es sincero.

—Lo es. ¿No me crees?

—Es difícil para mí creer que alguien como tú. —la respuesta brotó de manera muy natural.

—¿Cómo yo?

—Eres un hombre muy atractivo, no creo que no lo sepas. Podrías tener a la mujer que quieras.

—Y si la que quiero eres tú, ¿podría tenerte? —Alicia sonrió al ver el mensaje.

—Repito. Sólo si tu deseo es sincero.

—Repito. Lo es.

Lo que quedó de noche, ambos conversaron a tientas de un deseos inesperado que sentían uno por el otro. A Alicia le costaba creer aquello. Nunca se había sentido una mujer demasiado atractiva, pero con las palabras de Sergio tenía una sensación particular; le despertaba cierta sensualidad que había permanecido oculta desde siempre en su interior.

—Creo que debes ir a dormir, es tarde y mañana es tu primer día en el trabajo. —le dijo Alicia a Sergio al ver que era la una de la madrugada y aun conversaban.

—Tienes razón. Debo descansar. ¿Qué opinas si nos vemos esta semana para almorzar o cenar?

—Me encantaría.

—Perfecto. Me incorporo al trabajo, una vez que conozca mi horario con seguridad lo acordamos. —le indicó Sergio.

—Vale. Descansa.

—Igualmente. Te envió un abrazo.

Alicia apartó el móvil y descansó su mirada en el techo de su oscura habitación. Tenía una sensación cálida muy agradable, sentía ilusión, excitación, emoción, ansiedad y nerviosismo; todo junto. Intentó dormir pronto, pero su sangre circulaba muy rápido por todo su cuerpo y lo hacía vibrar; sabía que aquello tenía una razón, un nombre: Sergio.

Tan sólo durmió unas cinco horas aquella noche, y a pesar de ello no se sintió cansada o somnolienta; lo que sucedía con Sergio le daba una energía extra. Con agilidad, se levantó, preparó el desayuno y estuvo lista para salir. Sus planes aquella mañana eran ir a la universidad a formalizar la inscripción en el último semestre de la carrera; luego iría al taller a organizar algunos asuntos.

Una vez que obtuvo su nuevo horario en la universidad, se dio cuenta que aquella tarde tenía la primera clase de una de las asignaturas más importantes de aquel semestre. No podía faltar, pero le daba oportunidad de ir al taller y regresar a tiempo para la clase; así que eso hizo.

—Hola. Espero tengas un feliz inicio de semana. Deseo que nos podamos encontrar muy pronto. —Alicia recibió un mensaje de Sergio cuando estaba a punto de salir de la universidad.

—Hola. Igualmente, espero que tu nuevo trabajo sea todo lo que esperas y mucho más que eso. —le respondió ella con una amplia sonrisa.

III

—¿Qué tal el horario? —le preguntó Víctor a su hija al verla llegar al taller.

—Terrible. Vengo apurada a organizar unas cosas y me voy; tengo una clase esta tarde.

—No te olvides de comer antes. —le advirtió su padre y continuó su trabajo.

Alicia debía poner al día algunos documentos importantes del negocio. Normalmente se sentiría un poco mal humorada por la acumulación de cosas, pero no podía evitar mantener una perspectiva optimista de las cosas. Mientras organizaba las cosas, fantaseaba con volver a ver a Sergio pronto, era algo que de verdad deseaba.

—Sé que quizás te parezca precipitado, pero vi un espacio de tiempo libre en mi nuevo horario laboral y no pude evitar que lo primero que me viniera a la mente fuera almorzar contigo. ¿Crees que esto sea posible? —Alicia leyó el mensaje tres veces y no lo podía creer.

—¿De verdad?

—Sí, claro que sí. Si puedes. Voy a donde me digas. —respondió él rápidamente.

El corazón de Alicia comenzó a latir con mucha rapidez y sus manos temblaban levemente. Se sentó por un momento a pensar si aquello era apropiado. Estaba completamente segura de que eso quería, pero no estaba segura de saber cómo actuar al verlo de nuevo. Vio su reloj y supo que tenía suficiente tiempo de almorzar con él, luego podría tomar un taxi a la universidad.

Alicia decidió que aquel era el momento para aventurarse en su vida, para tomar un poco de riesgo; así que le dio la dirección a Sergio de un lindo restaurante cercano al taller. Él le dijo que enseguida iba en camino y ella agradeció haberse arreglado un poco más de lo usual aquella mañana. Retocó su maquillaje y caminó hacia el lugar. Durante el camino, pensaba en posibles temas para hablarle a Sergio, que la hicieran parecer casual y relajada; todo lo contrario a su estado.

Ingresó en el restaurante y pidió una mesa. Entonces le escribió un mensaje

a Sergio y él de inmediato contestó que estaba a tan sólo unos minutos del lugar. Ella aprovechó esos instantes para respirar profundo y pedirle a todo su cuerpo un poco de calma. Miró su reloj, ya habían pasado algunos minutos; alzó su mirada hacia la entrada y, como si hubiese estado sincronizado, Sergio entró en el lugar, la buscó con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los de ella. Ninguno de los dos pudo evitar sonreír.

—Disculpa la espera. —fue lo primero que él mencionó al encuentro de Alicia.

—No te preocupes. —ella se levantó para saludarlo con un beso en la mejilla, él la abrazó momentáneamente durante el saludo y ella sintió de nuevo el aroma penetrante del perfume de Sergio.

—Es un lindo lugar. ¿Trabajas cerca de aquí? —le preguntó él.

—Sí, a pocas calles. —le respondió ella sin poder mirarlo al rostro.

—Estás hermosa.

—Gracias. —algo dentro de ella se estremeció con aquellas dos palabras.

Ambos ordenaron la comida y enseguida la conversación comenzó a fluir mucho mejor de lo esperado. Poco a poco los nervios de Alicia fueron desapareciendo y pudo disfrutar de la compañía de él. Estaba bastante claro porque desde un principio le había atraído tanto; pudo constatar que era tan atractivo y encantador como lo recordaba de la noche en el bar. Era de verbo fácil y muy inteligente, un poco mayor que ella pero no demasiado.

—De verdad te agradezco mucho haber sacado un tiempo para verme. —le dijo él con una mirada profunda y una sonrisa tierna.

—No tienes que agradecerme. En realidad, me encantó que me invitaras a almorzar. —le respondió ella.

—Entonces podemos repetirlo.

—Espero que sea pronto. —le dijo ella con sinceridad.

—Te llevo a tu trabajo.

—Puedo caminar. Es muy cerca.

—Se trata de caballerosidad y de deseo por estar, aunque sea unos pocos minutos más, cerca de ti. —le dijo Sergio.

—Vale. —ella sonrió.

Los dos continuaron hablando con el mismo interés mientras se dirigían al coche. Sergio le abrió la puerta a Alicia y ella le agradeció. Al poner el coche en marcha ella le indicó hacia donde conducir, mientras le contaba que trabajaba en el negocio familiar. Los dos disfrutaban mucho de la compañía

del otro.

—Es aquí. Gracias por el almuerzo. —ella le sonrió.

—Gracias a ti. —él la miró a los ojos y luego sus ojos se desviaron a los labios de ella.

Alicia se sintió muy provocada por la mirada de Sergio y decidió dejar de lado cualquier clase de miedo. Ella se acercó a él en una forma de provocación que nunca antes había utilizado y que se sintió muy natural. Él no dudó en eliminar por completo el espacio que lo separaba de los labios de ella y la besó.

Él posó su mano entre el cuello y el rostro de Alicia para sostenerla mientras sus labios se acariciaban mutuamente con suavidad. Las caricias de Sergio, conjugadas con su aroma, producían en Alicia un estado hipnótico en el que no quería salir y construían una realidad en la que solo existían sus bocas. Ninguno de los dos quería que aquel contacto terminara, poco a poco aquel beso fue adquiriendo una dinámica cada vez más intensa. Entonces, se dieron cuenta que debía detenerse antes de no poder parar.

—Debes ir a tu trabajo... —dijo ella como un susurro aún muy cerca de la boca de Sergio, colocando su mano en el pecho de él para intentar separarse un poco.

—Cierto... —él trató de recomponerse, tomó una bocanada de aire, se bajó del coche y abrió la puerta de Alicia.

Ella se sentía un poco fuera de sí misma, vio cómo la puerta se abría a su lado, también respiró profundo y salió del coche. Antes de caminar hacia el taller le dedicó a Sergio una mirada y una sonrisa; mientras que él le regaló un guiño de complicidad. Al llegar de nuevo a la pequeña oficina desde donde trabajaba, se dio cuenta que temblaba y que una gran alegría la embargaba.

—Necesito tranquilizarme. —se dijo a sí misma al ver la hora y darse cuenta que tenía que salir enseguida si quería llegar a tiempo a clase.

Alicia tomó sus cosas, se despidió de su padre desde lejos y salió directo a tomar un taxi. Corrió con suerte y pudo encontrar transporte rápidamente, incluso llegó a pensar que aquel era un día extraordinario. Aun podía sentir la sensación que el beso de Sergio le había dejado en el cuerpo, con su cercanía la había convertido en un ser etéreo; prácticamente no podía sentir su peso contra el piso. Estaba levitando, la realidad tenía un brillo particular.

—Ha sido el almuerzo más estupendo de todos. —Alicia recibió un mensaje de Sergio mientras iba camino a la universidad.

—Siempre me ha gustado ese restaurante. —le contestó ella.

—No tiene mucho que ver con el lugar sino con la compañía y con el sabor de tus labios. No veo la hora de volver a verte. —le escribió él.

El taxi se detuvo, ya había llegado a su destino. Alicia vio la hora en su móvil, iba con el tiempo exacto para llegar a su clase; así que guardó el móvil, sin responderle a Sergio aún. No estaba segura de qué le diría, aunque sí estaba perfectamente segura de lo que quería decirle, que deseaba verlo de nuevo en ese mismo instante para repetir aquel estupendo beso.

Alicia entró al salón de clases y se tranquilizó al darse cuenta que el profesor no había llegado aún. Pero se lamentó por no poder tomar el asiento delantero que solía ocupar, así que tuvo que conformarse con un lugar en el centro de una de las últimas filas. Ella colocó sus pertenencias en la mesa y se dispuso a leer con detalle la hoja en la que se especificaban los datos de su horario de clases.

—Buenas tardes señores y señoritas. Yo soy su profesor y compartiremos esta asignatura a partir de hoy.

Ella no levantó la mirada aun, pues buscaba en el documento el nombre del profesor. Cuando escuchó su voz, le pareció un sonido muy familiar; así que supuso que era un docente que ya conocía de las asignaturas que había cursado con anterioridad. Al ubicar los datos que requería, notó que no estaba el nombre del encargado de la materia. En su lugar, encontró un “por asignar” que le daba a entender que era un profesor nuevo en la universidad.

Alicia alzó la mirada y al ver al profesor de la asignatura pensó sinceramente que estaba alucinando, que algo estaba mal en sus ojos o en su mente. Después de algunos segundos y varios pestañeos seguidos, sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y un mareo muy intenso. Trató de respirar profundo para buscarle una explicación a lo que estaba viendo con sus propios ojos, pero le era muy difícil pensar y entender. El hombre que estaba frente a ella y que sería el profesor de una de las asignaturas más importantes de aquel semestre era Sergio.

Ella no sabía qué hacer. Por un momento pensó en levantarse y salir del aula; sin embargo, él la vería y no sabía cómo reaccionar ante él. El mareo aumentaba a cada momento, veía que él hablaba pero no lo podía escuchar, escuchaba un chillido que le rebanaba los sesos y le impedía pensar con claridad. No podía creer que tuviera la extraordinaria mala suerte de haber encontrado un hombre que le atraía de aquella manera y que, además, estaba

auténticamente interesado en ella; y que éste resultara ser su profesor.

Aquella situación le parecía completamente irreal. Era inverosímil pensar en las probabilidades de que esto le estuviera sucediendo. Trataba de hallar una solución, pero no parecía haberla. Si retiraba la asignatura, no se graduaría en el tiempo estimado y ella no estaba dispuesta a sacrificar tanto esfuerzo.

Todo empeoró cuando recordó que hacía unos cuantos minutos atrás había besado a ese hombre que ahora estaba frente a ella y era su profesor. Luego, recordó la noche cuando lo conoció y la manera en que su cercanía la había excitado. Estaba completamente sonrojada y sin posibilidad de controlarlo.

—Por fin un profesor que valga la pena. —le dijo la chica a su lado con picardía.

Alicia supo que no se refería a las habilidades andragógicas de Sergio sino a su aspecto. No pudo responderle nada a su compañera, miró lo fijamente y tuvo que reconocer que lucía ridículamente atractivo. Gracias a la cantidad de personas que habían en el lugar, él todavía no había notado su presencia; pero no pasaría demasiado tiempo para que él se diera cuenta que ella era una de sus estudiantes.

Ella no sabía qué era lo que debía hacer ahora. Estaba claro que lo que la relación que había generado desde hacía de unos días, bajo aquellas circunstancias, era completamente inapropiada; y no sabía qué le causaba mayor impacto, si cómo afectaría aquello a su rendimiento académico o a su ilusión por Sergio.

La clase terminó y ella no sé dio cuenta lo rápido que había pasado el tiempo. Aun no había resuelto qué iba a hacer, pero supo que tenía que enfrentar aquello. Debía hablar con Sergio. La mayoría de los estudiantes salió con velocidad del salón de clases, él estaba de espaldas organizando sus libros dentro de su maletín; ella se acercó a él y notó que revisaba su móvil.

—¿Esperas un mensaje? —le dijo Alicia, sin saber por qué.

—Alicia, ¿qué haces aquí? —Sergio sonrió muy sorprendido.

—Yo estudio aquí. —le respondió ella con una entonación lineal.

—¿Qué? —la sonrisa de Sergio se desdibujó y sus ojos se abrieron mucho más.

Alicia le extendió el documento que comprobaba su inscripción en la asignatura. Él lo tomó, lo leyó y fue obvia la manera cómo el color de su rostro se tornó infinitamente pálido. La miró con los ojos llenos de dudas, le

entregó el papel sin saber qué decirle, cerró los ojos y se llevó la mano a la cara a la quijada, como si quisiera evitar que se le cayera de la cara.

—Lo sé. De ahora en adelante, profesor y nada más. Hasta la próxima clase. —le dijo ella entendiendo que él tampoco sabía qué hacer pero tenía la convicción de que aquello era lo correcto.

—Alicia... —ella se dio media vuelta y caminó con velocidad fuera del salón sin dejar que le dijera nada más, pues necesitaba evitar que aquello fuera aún más difícil de los que estaba siendo.

Ella pasó la puerta del aula, atravesó los pasillos caminando entre todas las personas con rapidez, pasó por la salida y continuó su paso hasta la parada del colectivo, donde por fin se detuvo a esperar un transporte que la llevara a su departamento. Sólo pensaba en llegar y darse un baño relajante que le permitiera aclarar un poco sus pensamientos; sin embargo, los segundos parecían eternos y se sentía muy extraño, como si su propio cuerpo no le perteneciera.

—Necesitamos hablar. —recibió un mensaje de Sergio que prefirió no contestar, así que guardó el móvil.

Por fin el autobús llegó a la parada, ella se subió y se sentó en el primer puesto que vio disponible. Tenía muchos pensamientos encontrados, pero ella solo trataba de concentrarse en uno solo, en que no había nada más importante para ella que terminar sus estudios con éxito ese mismo periodo; ni siquiera aquella atracción desenfrenada que sentía por Sergio.

Era muy difícil para ella comprender cómo las cosas podían cambiar tanto de forma tan repentina. No hacía sino unos instantes atrás su cuerpo vibraba de emoción por aquel beso que había compartido con Sergio; lo que estaba sucediendo entre los dos parecía promisorio y comenzaba a sentir la ilusión que siempre deseó. Sin embargo, ahora casi temblaba de impotencia, pues lo de ellos no podía ser.

Alicia estaba muy contrariada, trataba de buscar mentalmente un culpable; sabía que no existía pero ella lo necesitaba, pues tenía que odiar a alguien por aquello que le estaba sucediendo. Sergio no era el culpable, era tan inocente como ella. En definitiva, la culpa la tenía su mala suerte, tal parecía que había nacido condenada a vivir a expensas de que todo lo que podría salirle mal, lo haría.

Salió del colectivo y caminó con parsimonia vía a su departamento. Sabía que al llegar Karina notaría que algo no estaba bien e insistiría hasta el

cansancio hasta que le confesara lo que estaba ocurriendo, aunque era algo de lo que definitivamente no quería conversar. Quiso que Karina supiera todo sin tener que decirle nada, para no cansarse emitiendo las palabras que no quería escuchar de su propia boca.

—Hola. —saludó Alicia a Karina al entrar en el departamento.

—¿Qué pasó? —le preguntó enseguida Karina, Alicia no tenía opción.

IV

—Tu móvil no ha dejado de repicar, ¿no crees que deberías contestarle? —le dijo Karina a Alicia mientras veían una película y se atiborraban de helado de chocolate.

—Es mi profesor...

—Lo sé, pero también es el chico con el que te estuviste escribiendo. Escucha lo que te tiene que decir, quizás tenga una solución.

—No creo que la haya. No estoy dispuesta en poner en riesgo mi posición como graduando y seguramente el valora su trabajo. Lo mejor es pasar la página y hacer que aquello nunca sucedió. —le dijo Alicia casi sin entonación en su voz.

—Se te ve muy convencida, eh... —le comentó Karina alzando una de sus cejas y mirando a su amiga fijamente.

—Lo estaré pronto. —comió una cucharada más de helado.

—Él te gusta mucho.

—No tanto.

—Más que cualquiera. —le replicó Karina.

—Es mi profesor... —le repitió.

—No me digas que nunca antes tuviste la fantasía de salir con un profesor.

—Karina sonrió.

—Voy a hacer que no escuché eso. —le dijo Alicia con tono de advertencia.

—Bueno... —Karina volteó los ojos.

Una vez que terminó la película que veían, Alicia se despidió de Karina y se dirigió a su habitación. A pesar de que había sido un día complicado, no se sentía cansada, ni tenía sueño; tenía otras sensaciones mucho más intensas que esas. No pudo evitar tomar su móvil y ver la cantidad de veces que Sergio intentó comunicarse con ella. Las llamadas superaban las dos docenas y le había escrito varios mensajes; ella se debatía entre leerlos y borrarlos. Su mano y sus ojos la traicionaron.

—Alicia necesito que nos veamos. Vamos a resolver esto.

—Por favor, somos adultos, podemos encontrar una solución a esto.

—Entiendo que estés abrumada. Contéstame. Es necesario conversar.

Todos los mensajes eran similares, peor Alicia no podía siquiera pensar

en una posible solución para esta situación, por lo que no valía la pena someterse a la cercanía con él, que tanto le haría sentir. Decidió mantenerse en silencio y tratar de dormir. Después de horas interminables de perseguir el sueño, Alicia logró cerrar sus ojos; pero el intento de descanso fue en vano pues su subconsciente traicionó su decisión de mantenerse alejada de Sergio.

Alicia se vio en una habitación desconocida, estaba sola pero esperaba a alguien. La puerta sonó y supo que la persona había llegado, era Sergio; solo vestía unos pantalones deportivos muy livianos que dejaba ver una gran erección. Ella lo vio fijamente y se dio cuenta que él se acercaba a ella. Alicia quiso hablarle, decirle que aquello no podía ser; pero antes de que ella pudiera emitir una sola palabra él le cerró los labios con besos apasionados. Ella quiso detenerlo pero fue en vano, antes de que se diera cuenta, él se había desvestido por completo y al verlo desnudo la excitación la invadió por completo.

Ella no podía dejar de observar la erección que él le mostraba, así que él le ofreció su miembro. Ella lo tomó en su mano y una sensación de escalofrío recorrió todo su cuerpo. No podía detenerse de acariciarlo, pues los gemidos que brotaban de él le sonaban a ella con la melodía más envolvente. Quiso escucharlo con mayor intensidad, así que se inclinó frente a él para tomarlo con su boca, los jadeos de él aumentaron y los movimientos de su pelvis expresaban el placer que le desbordaba.

De pronto él la levantó y ella ya estaba desnuda. La acostó en la cama y sin decir nada la poseyó. Apenas ella lo sintió entrando en su interior y pensó que se iba a deshacer de placer. La intensidad de los movimientos con los que Sergio la embestía era descontrolada. Alicia había olvidado por completo las restricciones y solo podía disfrutar pidiendo más. Entonces cuando su cuerpo ya no podía tolerar más excitación, él salió de su interior para lamer su intimidad y desató un orgasmo imparable en Alicia.

Ella se despertó con el mejor orgasmo de su vida. Su corazón galopaba desbocado dentro de su pecho, se sentía latente y húmeda; además, aunque la noche era fría, ella sudaba. Le tomó algunos segundos entender lo que había pasado, cuando lo comprendió se sintió apenada consigo misma; no podía creer que alguien que apenas conocía le produjera todas aquellas sensaciones incontrolables.

Alicia se despertó durante la madrugada y se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua. Todo estaba oscuro y silencioso, sintió un estilo de paz

muy delicada y sensible. Mientras bebía el agua, cerró los ojos e intentó llevar esa paz a su interior, en vano; pues al pensar que quería sentirse tranquila, recordaba qué era aquello que la hacía sentir tan inquieta. Entonces, la imagen de Sergio en el aula llegó a ella e inmediatamente después recordó su sueño; lo que la sonrojó.

Se recostó e intentó volver a conciliar el sueño pero esta empresa no le fue posible. Tenía una mezcla de vergüenza y de excitación incontenible que no le permitía alcanzar la tranquilidad necesaria para dormir. Tuvo la idea de que si se daba placer ella misma quizás su cuerpo se calmaría un poco, pero creyó que no era prudente. No porque fuera puritana o estuviera en contra de aquella práctica, sino porque sabía que al ver de nuevo a Sergio no podría evitar recordar ese momento en el que se tocaría de nuevo pensando en él.

Alicia se resignó a la idea de que no podría dormir lo que quedaba de madrugada así que encendió una lámpara, tomó un libro y comenzó a leer. El texto que eligió estaba entre los recomendados por uno de los cursos de este periodo de la carrera. Tuvo la idea de que concentrándose en algo la temperatura de su cuerpo se podría equilibrar. Sin embargo, mientras leía no pudo evitar preguntarse por Sergio, por su especialidad, por las cosas que le gustaban de la carrera, por su trayectoria; debía ser un excelente profesional para formar parte del personal de la universidad. En ese momento, Alicia supo que no sería fácil dejar de pensar en él y aquel periodo académico final resultaría ser el más difícil.

Aquella mañana, Alicia agradeció la salida del sol. Nunca antes una noche se había extendido tanto para ella, le había alcanzado el tiempo para cocinar el desayuno, comer, ducharse y salir a tiempo de casa.

—Hola Ali, ¿cómo estás? —la saludó su padre efusivamente.

—Bien papá. ¿Y tú?

—Bien. Hoy tenemos bastante trabajo. —le apuntó.

—Qué bueno. —dijo ella antes de entrar a la oficina.

A Víctor no le costó darse cuenta de que el “bien” que le había dicho su hija no era más que una convención social en respuesta a su pregunta, pero que no era cierto. Sin embargo, también supo interpretar que ella no quería hablar al respecto. Tenía el mismo tono de voz que su esposa cuando quería que la dejaran sola. Aunque a Alicia no le gustaba, se parecía a su madre; pero todos estaban de acuerdo que era una versión mejorada, mucho más noble y responsable.

Alicia hizo todo lo posible por llenar su mente con trabajo, pues afortunadamente tenía mucho y debía manejarlo con rapidez pues debía ir a la universidad. Por más que se esforzó, ella no lograba deshacerse por completo de la sensación que le había dejado el sueño de anoche, ni siquiera una larga ducha de agua fría. Estaba resignada a que sus hormonas aquel día no querían obedecerle, tendría que lidiar con ese brote de pubertad tardía repentina.

Mientras Alicia organizaba algunos archivos escuchó que golpearon a su puerta dos veces. Ella supuso que sería un cliente por la manera cómo tocaba a la puerta, así que de espaldas a la puerta, dijo en voz alta que podían pasar; sin quitar su vista del archivo en el que guardaba algunas carpetas.

—Buenos días. —escuchó una voz masculina conocida.

—Buenos días. Un momento, por favor. —dijo buscando el espacio correspondiente a una factura.

—¿En qué le puedo ser...? —Alicia volteó para atender al cliente, pero se quedó completamente sin voz al darse cuenta que quien estuvo parado detrás de ella era Sergio; pensó por unas fracciones de segundos que aquella visión era una mala pasada de su subconsciente.

—Como no me contestas pensé que lo mejor era venir.

—No creo que sea una buena idea. Este es mi trabajo. —le dijo ella sin pestañar.

—Sí, lo sé. Puede ser inapropiado, pero mi coche necesitaba servicio y una revisión; pensé que eso lo haría menos... no sé.

—Sea como sea sigue siendo inapropiado. Creo que lo mejor es que te vayas. —le dijo Alicia con la respiración acelerada.

Ella quería lucir molesta ante aquella situación; y más que eso, ella quería estar molesta con lo que estaba sucediendo. Pero lo cierto es que no lograba estar enojada, a pesar de ella misma se sentía ligeramente excitada, así que la forma de su respiración se debía a eso. No quería pensar mucho en las sensaciones contradictorias que estaban produciéndose en su interior, pero esta inevitable; pues debía poner todo su esfuerzo en disimular ante él lo que estaba pasando con ella. Alicia culpó por su debilidad al sueño que tuvo a la noche previa.

—No puedo. Mi coche está en servicio.

—¿Hablas en serio? —le preguntó ella incrédula.

—Claro que sí. Fue la manera que encontré.

—¿Para...? —le preguntó ella.

—Hablar contigo.

—Muy bien. Estás aquí y yo estoy aquí; ¿qué quieres decirme? —lo miró fijamente esforzándose por controlar la sangre que subía a su rostro.

—Supongo que no lo pensé demasiado bien. Tan sólo quiero que hablemos, que encontremos una solución a esto. —le dijo con voz suave.

—¿Y qué es esto? —insistió con las preguntas.

—Estoy bastante seguro que sabes la respuesta a esa pregunta. —él le mantuvo la mirada; ambos seguía de pie, uno al frente del otro, separados por un escritorio.

—Sé lo que tiene que ser.

—¿Quién lo dice?

—La ética y las buenas costumbres. —le dijo ella con cierta odiosidad.

—Tal parece que estás molesta conmigo, pero no entiendo por qué. Yo no tenía ni idea de esto y no fue algo que yo elegí. —le dijo Sergio.

—No estoy molesta contigo. No estoy contenta con la situación, eso es todo. Y me es difícil disimularlo, pero tampoco me parece que estés teniendo la mejor actitud en este momento.

—¿Por querer hablar contigo?

—Por obligarme a hacerlo. —le dijo ella con un tono de voz más suave.

—Está bien. Tienes razón, estoy presionando las cosas. Creo que lo que sucede es que estoy muy impactado. ¿Podemos intentar hablar un poco de esto? —le pidió él.

—Supongo que sí. Siéntate, por favor. ¿Quieres café?

—Sí, me encantaría. Gracias.

Alicia fue en búsqueda de dos tazas de café. Intentaba pensar en que aquello era lo mejor, que podían conversar y deshacerse de las tensiones que habían entre los dos para así hacer que todo funcionara mejor. Eso sería ideal para su desempeño académico y tranquilidad emocional. Trataba de evadir por todos los medios la sensación de excitación que iba creciendo en su interior.

—Aquí tienes. —ella colocó la taza en el escritorio, lo más lejos que pudo para no tener que acercarse demasiado a él.

—Gracias. —él tomó un sorbo de café.

—Quizás tienes razón. Lo mejor es aclarar las cosas para que no afecte tu trabajo ni mi condición dentro de la universidad.

—Alicia, yo me considero un profesional. Siempre he mantenido mi ética

de trabajo y por primera vez en mi vida estoy cuestionando la validez de ciertas convenciones sociales. —le dijo sin mirarla a la cara.

—No entiendo. —le dijo ella confundida.

—Nosotros no sabíamos que íbamos a estar en esta situación cuando nos conocimos. De verdad sentí y aun siento que tenemos una conexión especial. Algo que hasta no hace mucho tiempo yo hubiese pensando que no podría encontrar. Es muy difícil para mí en este momento renunciar a ello. —le dijo, aclarando su voz.

—No veo que otra solución existe, pues no creo que a la directiva de la universidad le guste la idea de que profesor y estudiante se hagan cercanos.

—El asunto es que tu y yo no éramos profesor y estudiante; éramos hombre y mujer.

—Pero ya no. —ella intentaba mantenerse firme ante la mirada de él.

—No me mal interpretes, por favor. No estoy sugiriendo que rompas alguna regla. Quisiera saber cuáles son nuestras opciones. Puede que suene egoísta de mi parte pero quería saber si considerarías retirar la asignatura e inscribir alguna otra. —él se sonrojó.

—No puedo. Necesito cursarla, pues mi investigación final está directamente relacionada. Además, no creo que cambiaría nada. Sigues siendo profesor y yo estudiantes aunque no estemos en el mismo curso. —le habló de manera muy categórica.

—Está bien, Entiendo. Estoy decepcionado. No puedo entender que no haya algo que hacer.

—Pues supongo que tendremos que agradecer no haber profundizado aun más en lo que estaba ocurriendo entre los dos y tratar de cambiar nuestra manera de vernos mutuamente.

—¿Podrás hacerlo? —le preguntó él acercándose más a ella a pesar del escritorio que los separaba.

—Debo hacerlo. —ella se levantó, caminó alrededor del escritorio y tomó la taza vacía, pero antes de que ella la levantara Sergio tomó su mano y se levantó.

Alicia contuvo la respiración, antes de que pudiera darse cuenta él estaba justo frente a ella a tan solo unos centímetros de distancia. Al sentir su cercanía, el corazón comenzó a palpar con mucha rapidez y su excitación se descontroló. Podía sentir el aroma de él y observaba como su pecho se inflaba y desinflaba con rapidez, debido a la pesadez de su respiración.

Él retiró su mano de la muñeca de ella y la trasladó a su cintura, junto con su otra mano. Se tomó su tiempo para rodear la cintura de Alicia y su cuerpo se acercó aun más. Ella estaba completamente paralizada, no sabía qué hacer; entonces, él hizo algo que Alicia no se esperaba, la abrazó. No pudo sino ceder ante la ternura de él, así que rodeó el cuello de Sergio con sus brazos.

Sergio hundió su nariz en el cuello de ella y la respiró, mientras la abrazaba con mayor fuerza. No quedaba espacio entre los dos y sus cuerpos podían sentirse por completo. Alicia sintió el preciso instante en el que una erección se elevaba en los pantalones de Sergio, pero ninguno de los dos intentó alejarse. Ella lo sentía presionando su vientre y en lo único en que podía pensar era en que necesitaba ser penetrada en ese mismo instante.

—No quiero perjudicarte y sé que si no controlo lo que me haces sentir, lo haré. Será un periodo muy difícil, pero después de esto estarás graduada y ya no serás más una estudiante. Entonces podremos volver a ser solo un hombre y una mujer. Estoy dispuesto a esperar porque sé que valdrá la pena. Incluso tendré que fingir que no me muero de ganas de estar contigo, pero lo haré para que pronto pueda ser posible. —le dijo él a Alicia, mirando sus labios, sin dejar de apretarla con todo su cuerpo.

Él la soltó repentinamente, sacó de su bolsillo el dinero correspondiente del servicio del coche y lo dejó sobre el escritorio. Entonces, Sergio, sin mirar de nuevo a Alicia, salió de la oficina. Ella cerró los ojos, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir, pero en lo único que podía pensar era en el calor que se adueñaba de todo su cuerpo.

V

Alicia había terminado la jornada en la universidad aquella tarde y estaba agradecida de no haberse encontrado con Sergio. Aun se sentía abrumada por lo que había ocurrido aquella mañana en el taller, por lo que verlo de nuevo no habría sido lo mejor. Se despidió de sus compañeras de estudio, se colocó los audífonos y se encaminó a la estación para esperar el colectivo. Aquella tarde el cielo estaba nublado, era justo el clima que a ella le gustaba.

Cuando se sentó en el autobús, se detuvo a pensar en lo que le dijo Sergio. No estaba segura de cómo sentirse al respecto. Según lo que había comprendido, él tenía pensado esperar a que ella culminara con sus estudios para poder acercarse a ella de una manera distinta. Alicia no pudo evitar sonreír. Sintió algo de ternura, pues tuvo la seguridad de que nunca antes alguien había intentado algo así por ella. Tuvo la idea lejana de que quizás él realmente estaba interesado. Entonces decidió que ella también lo intentaría, que dejaría que las cosas fluyeran lo mejor posible y quizás con el tiempo podría estar cerca de él.

—Hola. —Alicia saludó a Karina al llegar a su departamento.

—¡Hey! Te ves mejor. ¿Qué tal tu día? —le dijo Karina al ver la sonrisa de su amiga.

—Estuvo distinto, pero no mal; lo cual es una novedad, ¿no?

—Eso suena prometedor, quiero saberlo todo.

Las amigas conversaron mientras cocinaban la cena; después comieron juntas y vieron un poco de televisión. Alicia se despidió de Karina ya que necesitaba revisar algunos apuntes y avanzar un en algunas correcciones de su trabajo de investigación final. Se había reunido con su tutor y éste le había sugerido algunos cambios en el texto, por lo que prefería hacerlo aquella misma noche para seguir avanzando.

Ella culminó sus asuntos académicos y decidió descansar. La noche anterior no había dormido y sentía que estaba por caer inconsciente. Colocó su cabeza en la almohada, tomó su teléfono y observó la fotografía de perfil de Sergio. Alicia sintió cierta complicidad, sabía que no podía contactarlo pero al mismo tiempo ese silencio entre los dos tenía un significado. Esa noche ella pudo dormir sin contratiempos.

Aquello que le había dicho Sergio aquel día era, por mucho, lo más

intenso que alguien le había dicho alguna vez en la vida. Alicia podría decir que tenía mucha experiencia en el asunto de las relaciones. Su primer novio fue un chico llamado Edgar, lo había conocido en el taller cuando su padre lo contrató para suplir a uno de los mecánicos que había enfermado. Incluso ella misma se daba cuenta que aquello resultaba demasiado típico. La hija del dueño que se enamora de uno de los empleados de su padre.

Ella tenía tan sólo 19 años y él contaba con 26, pero en el momento a ella no le pareció algo malo; al contrario, no se sentía cómoda con los chicos de su edad. Al principio, ella sólo se limitaba a verlo desde la distancia, le parecía un hombre muy atractivo; era alto, fuerte y solo usaba una camiseta pequeña mientras trabajaba.

—Hola. ¿Puedo tomar un poco de agua? La del taller está caliente. —le habló por primera vez Edgar, entrando a la oficina.

—Sí... claro... —le dijo ella casi inaudiblemente.

—Disculpa, creo que te tomé por sorpresa.

—No te preocupes. —ella se aclaraba la garganta.

Poco tiempo después, Edgar y Alicia se estaban encontrando a escondidas de su padre. Ella se sintió halagada por la atención que él le dedicaba, aunque poco realmente era lo que hablaban. Ella se entregó a él sin reservas y si bien sabía que no era una relación seria, tenía la ilusión de que representaba algo especial para él. Así lo pensó hasta el día en el que una mujer fue al taller a buscar a Edgar, y ésta resultó ser su novia. Él pudo observar en los ojos de Alicia que la había decepcionado por completo, ni siquiera intentó disculparse. Después de aquel día él no regresó al trabajo y ella nunca volvió a saber de él.

Esa relación había sido lo más cercano a un noviazgo que Alicia había experimentado. El resto de sus experiencias no había durado más de algunas semanas. Ella no estaba segura de la razón, aunque sospechaba que se trataba de que no lograba interesarse verdaderamente en alguien y aquellos por los que sentía cierto interés auténtico, no solían fijarse en ella. Así que la declaración de Sergio era sin duda alguna lo más romántico que había escuchado.

A la mañana siguiente, Alicia se sentía distinta; podría decir que palpaba cierta emoción dentro de sí, aunque no se atrevería a admitirlo, pues tendría que aceptar también que la razón era Sergio. Ella estaba decidida a concentrarse en sus prioridades, culminar su carrera de manera exitosa;

además, ahora tenía una razón más para lograrlo.

La mañana en el trabajo fue muy movida, ya que necesitaba avanzar rápido en el trabajo para salir un poco más temprano, debía reunirse con su tutor para conversar sobre los cambios en la investigación y otros asuntos de los cuales aun no tenía los detalles. Su tutor era el profesor Sevilla, profesor de reconocida trayectoria y una autoridad académica en su entorno. Alicia se sentía afortunada de estar bajo su tutela, pues era muy selectivo con los estudiantes a los que decidía ayudar. No quería llegar tarde a la reunión con él.

—Papá, ya debo irme. Las facturas pendientes están en el primer cajón del escritorio. No olvides que debes llamar al proveedor a las dos para confirmar la petición de los repuestos. Intentaré escribirte un mensaje para recordártelo, igualmente. Te amo. Bye. —Alicia salió sin siquiera darle la oportunidad a Víctor de despedirse.

Alicia llegó diez minutos antes de la hora pautada con el profesor y la asistente le informó que estaba en una reunión; así que ella se sentó a esperar, sacó un libro y leyó para aprovechar el tiempo. Ella solía hacer uso de cualquier espacio para estudiar, era la única manera en la que podía mantenerse nivelada.

Algunos minutos después la puerta de la oficina del profesor Sevilla se abrió. Alicia supuso que su reunión estaba finalizando, así que guardó su libro y alzó la mirada; sintió un escalofrío cuando se dio cuenta que quien se despedía de su tutor no era otro sino Sergio. Ambos profesores se daban la mano en señal de despedida. Ella sabía que él no la había visto aun pero no podría evitar que la viera.

Sergio caminó en dirección a la salida y vio a Alicia; en sus ojos se notó la sorpresa, aunque no hizo ningún gesto de saludo, ni ella tampoco. Él continuó su camino y ella se adentró en la oficina del profesor Sevilla que la invitaba a pasar. Ella respiraba profundo para calmar las palpitaciones y el pequeño temblor que se había apoderado de sus manos. Era la primera vez que lo veía después de aquella memorable conversación en el taller; sin embargo, estaba claro que debía acostumbrarse a esa clase de encuentros, sería inevitable. Además, lo vería constantemente en clases.

—Hola Alicia. ¿Cómo estás? —la saludó el profesor con su acostumbrada amabilidad.

—Hola, profesor. Muy bien. Gracias. ¿Y tú? —le habló ella intentando

superar el momento difícil de unos segundos atrás.

—Muy bien. Te tengo buenas noticias, pero primero vamos a revisar las correcciones que acordamos.

Alicia logró concentrarse y conversar con el profesor acerca de los que había cambiado; él se mostró muy satisfecho con el trabajo realizado, lo que a ella le hizo sentir muy bien. Casi olvidó por completo que el profesor le había anunciado que tenía una buena noticia, ella no tenía la menor idea de qué se podía tratar.

—Bien, vamos excelente. A partir de acá podrás avanzar. Estoy seguro que en poco tiempo tendrás listo esto. Sobre todo teniendo en cuenta lo que he podido ubicar para ti. Un profesor está realizando una investigación similar a la que tú te propones y logré que él aceptara que su auxiliar fueras tú. —al escuchar aquello Alicia tuvo la fuerte sospecha que se trataba de Sergio.

—¿Ese profesor es el que estaba contigo antes? —le preguntó ella con temor de conocer la respuesta.

—Sí, el profesor Sergio Castellanos. Es joven y acaba de llegar, pero es brillante. Estoy seguro que aprovecharás muy bien el trabajo que él está realizando. Será el complemento perfecto para lo que estás haciendo. ¿Lo conoces?

—No... Bueno, sí... él es el profesor de una de mis asignaturas de este periodo. —se sintió mareada.

—Perfecto. Te vas a reunir con él en su oficina en... 5 minutos. Ve pronto porque me dijo que tenía clases y después no podrá recibirte.

—Está bien. —ella guardaba sus cosas.

Alicia salió de la oficina del profesor y se supone que se tenía que dirigir a la de Sergio. Ella no sabía qué hacer. Entendía que no podía negarse pues aquello podía ocasionar que el profesor Sevilla renunciara a su tutoría; ella no podía tener tal atrevimiento. No entendía por qué Sergio había accedido a tal cosa. Tenía que ir y convencerlo de retirar su ofrecimiento, era la única manera. Creía que podía tolerar la situación de estar con él y decenas de otros estudiantes durante las clases; pero aquello significaba compartir espacios con él a solas; era por mucho más de lo que podría soportar.

Llegó a la puerta de la oficina de Sergio, se paró a respirar un momento y tocó dos veces. Desde adentro escuchó que él le anunció que podía pasar; de nuevo respiró profundo y abrió la puerta. Al entrar lo vio sentado en su escritorio, con los ojos en un ordenador y tecleando algo sin mirarla.

—Buenas tardes. —le dijo ella como se encontrara frente a otras personas.

—Bue... —él la miró y quedó perplejo. Hola, ¿qué haces aquí?

—El profesor Sevilla me dijo que debía venir, pues se supone que soy auxiliar en tu investigación.

—¿Qué? —le dijo él sorprendido.

—No lo sabías.

—Sé que él enviaría a una tutorada, pero no sabía que fueras tú.

—Supongo que eso lo explica... —dijo ella casi temblando.

—No tenía idea. —dijo él visiblemente contrariado.

—Yo no puedo hacer nada, pero por favor tú puedes decirle a él que no, que prefieres a otra persona.

—No creo que eso sea posible. Me preguntaría las razones y sería muy grosero de mi parte. Me habló maravillas de ti, estuvimos de acuerdo. —dijo él.

—Esto no puede estar pasando.

—No pasa nada. Le diré que estás asistiendo, no tienes que hacerlo. ¿Vale? Tranquila.

—No puedo hacer eso. ¿A qué hora y dónde? —le preguntó ella, sacando su agenda.

—Mañana a la una y media.

—Está bien. Hasta mañana. —ella salió de la oficina sin decir más.

Todo lo que podía salir mal, estaba saliendo mal. Alicia intentó tomar aquello de la mejor manera, pues de nada valía llenarse de energías negativas, pero estaba comenzando a pensar que si el destino de verdad existía, era un ser muy macabro con ella; prácticamente se sentía como un juguete de la fatalidad. Desde ese momento, resolvió que no permitiría que las circunstancias la sobrepasaran, ya era suficiente de ello.

El día no terminó allí, Alicia asistió a las dos clases que tenía programadas en su horario y luego regresó a su departamento. Agradeció que Karina no se encontraba en el momento en el que ella llegó, pues de esta manera no tendría distracciones para realizar las asignaciones que tenía pendientes. Ella prefería realizar sus tareas justo el mismo día que le eran asignadas, así sentía que podía rendir mejor en ellas y tendría tiempo para resolver aquello que se le dificultara.

Mientras estaba sentada frente al ordenador, surgió de la parte inferior de la pantalla una notificación de un mensaje de correo electrónico; Alicia giró su

mirada hacia la notificación de manera inconsciente y pudo mirar de reojo el nombre de Sergio, volvió los ojos al artículo científico que leía, abrió los ojos y volvió a la notificación; era el nombre de él. Sintió un poco de nervios antes de abrir el correo, se preguntó cómo pudo conseguir su dirección electrónica y cuál sería el motivo de su mensaje.

Dudó en abrir el mensaje, pero finalmente lo hizo. El texto era completamente distante y académico, no había nada personal en él; contenía los detalles de la investigación que realizaba y otros criterios que debía tener en cuenta para ser la auxiliar que necesitaba. No pudo encontrar ni un solo vestigio de sentimiento en aquel mensaje, era lo mejor y al mismo tiempo le había dejado una sensación de vacío intenso. A pesar de lo desagradable que le podía resultar la distancia de Sergio, ella estaba perfectamente consciente de que eso le haría las cosas más sencillas.

Aquella noche fue difícil, no pudo dormir profundamente y solo dormitaba; cuando perdía la consciencia brevemente, muchas imágenes se apoderaban de su mente y no lograba distinguir entre la fantasía y la realidad: los labios de Sergio, la clase, los sueños con él, su tutor, los estudiantes. En algunos sueños o pensamientos, sus compañeros de estudio notaban lo que ella sentía por él; pero en la peor pesadilla que tuvo, el mismo decano de la universidad los encontraba besándose en el salón de clases. Era casi intolerable para ella, sabía que su estado tenía todo que ver con el nerviosismo que sentía al saber que al siguiente día tendría que estar a solas con él y temía terriblemente que se le dificultara controlar sus impulsos.

VI

—Disculpa la tardanza, tuve una reunión que se extendió. Espero que hayas podido leer la información que te he enviado. —le dijo él abriendo la puerta del laboratorio.

—Sí, lo he leído. —le respondió ella manteniendo la distancia que él había pautado.

Sergio le explicó a Alicia sus objetivos y avances en la investigación que se había propuesto. Él mantuvo una actitud completamente objetiva y académica, como si nunca antes hubiese hablado con ella antes de aquella situación, como si nunca la hubiese deseado, como si jamás la besó. Incluso, a ella misma le pareció que aquel profesor frente a ella no era el hombre con el que había bailado sensualmente en una discoteca no hacía mucho tiempo atrás.

—Es muy interesante.

—Sí, necesito que cumplas con todo para que las cosas salgan como debe ser. —le dijo él con autoridad.

—Entiendo.

—El profesor Sevilla me dio las mejores referencias de ti así que confío que seas la mejor opción. Igualmente, esto será una experiencia que te ayudará muchísimo como estudiante y profesional. —continuó él.

—Aprovecharé la experiencia.

—Bien. Necesito que clasifiques estas sustancias según los criterios de análisis y que organices los reactivos según el cronograma. —él le dirigió.

Alicia se dispuso a seguir las instrucciones el profesor, lo cual no le resultó demasiado difícil. Lo verdaderamente complicado era intentar no mirarlo, simplemente porque sabía que no debía hacerlo y lo prohibido siempre resulta mucho más tentador. Cuando se intenta no pensar en algo, inevitablemente se termina pensando en ello aun más.

—Creo que hemos terminado por hoy. Nos vemos en 15 minutos en la clase. —le informó Sergio.

Al escucharlo, Alicia tomó sus cosas y sin decir nada salió del laboratorio. Decidió ir por un café antes de la clase, aunque por primera vez deseo que en el campus de la universidad hubiese un bar. A falta de un buen shot de tequila tuvo que pedir un ristretto doble en la cafetería. Alicia recibió su bebida muy caliente, cuando pudo tomarla la terminó en tres tragos y

decidió que aquel barista sería su preferido de ahora en adelante; la había podido calmar con aquel café.

Alicia llegó al salón de clases, ya la mayoría de sus compañeros se encontraban en el lugar, pero el profesor aun no se presentaba. Ella agradeció estar llegando a tiempo a pesar de la parada en la cafetería. Ella sacó su cuaderno e implementos, se colocó los lentes y miró su reloj, era la hora de la clase más 5 minutos. Ella miró a su alrededor y se dio cuenta que habían más estudiantes en esta ocasión que en la clase anterior, lo más inusual era que el grupo estaba compuesto en su mayoría por chicas. Al verlas con detalle, Alicia notó que era un grupo muy diverso, de otras carreras, de semestres muy inferiores y situaciones por el estilo. Era una situación bastante inusual.

Ella no tuvo que pensar demasiado en las razones de aquellas circunstancias, estaba claro que tenía todo que ver con Sergio y no precisamente por lo interesante de la clase, sino por el aspecto del novel profesor. Fue inevitable sentir ciertos celos; si las cosas iban a ser de esa manera, no le parecería extraño que él terminara atraído por algunas de las otras estudiantes.

—Buenas tardes. Disculpen la tardanza. —a pesar del tiempo de espera nadie se había retirado.

Antes de que Sergio llegara al lugar, se podía escuchar el barullo de la gente; pero solo bastó que el pronunciara la primera palabra para que todos hicieran silencio y muchos, o muchas, de los asistentes quedaran prácticamente hipnotizados. Alicia secretamente volteó los ojos a todas las chicas tontas del curso, aunque supo que de todas ella era la más tonta de todas, porque no sólo le gustaba Sergio sino que estaba enamorada de él. Ese fue el instante en el que supo que era algo más que solo atracción, cuando se encontró en medio de un grupo de fanáticas del profesor Castellanos.

—Es demasiado perfecto. —comentó en susurros la compañera que tenía a su lado Alicia, ella se limitó a mirarla de reojo y seguir escuchando la clase.

La clase fue interesante, Sergio explicaba de manera apasionada y paciente; era muy obvio que le agradaba su trabajo. Además, muchos estudiantes intervinieron en la dinámica de la clase, unos cautivados por el contenido explicado y muchos otros por el profesor. Alicia solo permaneció de oyente, aunque también supo apreciar la calidad del profesional que tenía enfrente; aquello no hizo más que atizar los sentimientos que tenía hacia él, añadiéndole admiración al deseo que la invadía por él.

—Feliz fin de semana. —expresó Sergio en voz media cuando había terminado la clase y Alicia pasó frente a su escritorio para salir del recinto; ella no contestó y siguió su camino a paso rápido.

A pesar de que Alicia intentaba no escuchar lo que decían sus compañeras alrededor de ella; era casi imposible. Algunas deliraban por los ojos del profesor, otras por la voz varonil y profunda de aquel hombre. Ella comenzaba a sentir rabia, primero porque tenía que tolerar los comentarios de todas acerca de la persona por la que sentía tantas cosas; segundo, porque se sintió parte del montón, se pensó predecible; le gustaba aquel que les gustaba a todas, eso no era algo que fuera común en ella.

—Justo cuando estamos terminando la carrera viene a llegar este bombón, qué mala suerte. —le dijo Erika, una de sus compañeras; la cual era la más cercana a ella.

—¿Te parece muy atractivo? —le preguntó Alicia, más por no quedarse callada que porque en realidad quisiera saber la respuesta.

—¿Acaso estabas en la misma clase que yo? Me parece un dios, a mí y a la mitad de la universidad. —le dijo entre risas.

—Ya veo. Bueno, nos vemos el lunes. Cuídate. —le dijo Alicia y se fue antes de que su compañera le dijera algo más.

Antes de ir rumbo al departamento, Alicia decidió pasar por el supermercado. Se detuvo en el área de las frutas, tomó algunas manzanas verdes y uvas, su fruta favorita. Eligió algunas otras provisiones alimenticias y aprovechó la oportunidad para comprar un par de botellas que últimamente le habían hecho falta. Mientras caminaba por los pasillos del local, observó a una pareja que tomaba algunas latas de los anaqueles y se veían groseramente sonrientes; hacían parecer que aquella labor era un completo placer. Alicia los observó y se dio cuenta que por primera vez le llamó la atención lo que ellos tenían. No sintió envidia, sino curiosidad de saber qué se sentiría poder convertir cualquier circunstancia en algo memorable, por estar en presencia de una persona deseada. No pudo evitar sentirse un poco sola.

—Qué tenga buenas noches. —le deseó la cajera amable una vez que le entregó el cambio a Alicia.

—Gracias. Igualmente. —le pareció una chica agradable, pero la hizo pensar en qué significaría una buena noche para ella, aunque aquella expresión no era más que cortesía.

—¡Buenas noches! —la recibió Karina al llegar al departamento.

—¿Me ayudas? —Alicia le mostró las bolsas.

—Ahí voy. ¿Qué me trajiste? —le preguntó divertida Karina.

—Una botella de tequila. —respondió Alicia.

—Justo lo que mi cuerpo necesita. —sonrió.

—¿Sales esta noche?

—No, estoy molesta con Simón.

—¿Por qué? —le preguntó Alicia mientras organizaba las compras.

—Ayer me dejó en visto dos veces. No sé quién se cree.

—Pero, ¿estaba ocupado?, ¿te dio alguna explicación? —le preguntó Alicia.

—Me dijo algunas cosas, pero no me convenció.

—No seas tonta. Si les va bien no tienes por qué crearte ideas locas en la cabeza.

—¿Estás de parte de él? —la apuntó con la botella de tequila.

—No, pero sí en tu contra. Destapa la botella de vino blanco.

—¿Qué te pasa? Tú casi nunca bebes. —Karina levantó la ceja izquierda.

—Ha sido una semana difícil, lo sabes. Quiero relajarme un poco. Sírvenme una copa y gurda mi móvil.

—Tú sí sabes divertirte. —Karina sonrió.

No era que a Alicia no le gustara el alcohol, es que sentía que no había tenido tiempo para disfrutarlo; siempre era el trabajo, los estudios, la familia. En todo momento, tuvo una responsabilidad que le impedía dejarse llevar por ciertas cosas, entretenerse más allá de los límites autoimpuestos. Aun sentía el peso de las responsabilidades, pero al mismo tiempo sentía que debía relajarse un poco para poder sobrellevar las cosas que le estaban ocurriendo.

Karina colaboró con su amiga de manera idónea, no dejó que pasara más de 30 segundos con la copa vacía y cuando ya el alcohol comenzó a hacer efecto, sirvió la primera ronda de shots de tequila. Mientras bebían, Alicia puso al día a su amiga acerca de los últimos acontecimientos con Sergio.

—Yo creo que le gustas mucho. Estoy segura que está deseando el día en el que te gradúes, seguro con las mismas ganas que tú, sino más. Ya sé, le voy a preguntar a Simón qué le ha dicho de ti. —dijo Karina como si hubiese tenido una gran idea.

—¡No! No lo hagas. Seguramente él le dirá que tú le preguntaste y pensará que yo te lo pedí.

—No importa. Él ya sabes que estás babeada por él.

—No tanto... —le dijo apenada.

—Seguro que sí. —Karina tomó su móvil.

—No le escribas. —Alicia intentó quitárselo.

—¿Por qué no?

—Es incómodo, no quiero que piense que estoy delirando por él, como todas las demás. —le dijo sonrojada.

—Sí lo estás, pero antes que todas las demás.

—Pero no quiero que lo sepa.

—Tengo mis técnicas para hacer que Simón se mantenga en silencio. — Karina mostró una media sonrisa en su rostro.

—No confío en esas técnicas.

—Me subestimas, pero está bien. No le escribiré, por ahora...

—Luego tampoco. —le advirtió Alicia.

—Qué aburrida.

Aquel viernes por la noche, le hizo muy bien a Alicia;pert se divirtió con su amiga, bebió cuanto quiso, se rieron juntas, imaginaron situaciones en las que todo acabaría bien con Sergio, hasta que finalmente se quedaron dormidas, Alicia en el sofá y Karina en la alfombra. Lo que despertó a Karina fue el desagradable brillo del sol que entró por la ventana y la apuntó justo en el ojo derecho, despertándola. Ella intentó luchar con aquel rayo, de manera inconsciente, pero perdió la batalla.

Al abrir los ojos, Karina se sintió un poco mareada, luego se dio cuenta de su terrible aliento a alcohol y se preguntó qué hacía en la sala. Después, vio a su amiga durmiendo en el sofá cerca de ella y recordó todo. Ella se sonrió, se levantó tratando de no hacer ruido y luchando con el mareo, bebió un poco de agua y se resguardó en su habitación, a salvo del implacable sol.

Lo que despertó a Alicia a la 1 de la tarde fue una llamada. Su móvil sonó incansablemente, ella trató de ubicarlo antes de que la llamada se cayera pero no le fue posible. Dejó de sonar y ella renunció a su búsqueda, minutos después la idea de que pudiera ser importante la abordó y comenzó a buscarlo de nuevo. Cuando lo consiguió, pudo constatar que la llamada era de su padre así que le marcó de regreso.

—Aló. —escuchó a su padre.

—Hola papá.

—Hola Ali. Te estaba llamando para saber si quieres venir a casa en un rato. Quiero decirte algo.

—¿Qué pasó? —preguntó Alicia asustada.

—Nada, nada. Tranquila. No es nada malo. ¿Sí? Me gustaría que vinieras. Haré una barbacoa, dile a Karina que venga. —lo escuchó animado.

—Ok papá. Nos vemos en un rato.

—Vale. Te quiero.

—Chao. —ella colgó la llamada.

Alicia se sentó en el mueble y colocó sus manos en la cabeza, como tratando de detener la ruleta que se apoderaba de ella desde su interior. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, probablemente unos 13 años cuando su hermano le dio una botella de ron dulce para que no le dijera a su padre que había dañado un repuesto muy costoso; ella se tomó la botella sola en su habitación y se sintió muy mal durante dos días, su padre pensó que estaba enferma y quiso llevarla al hospital pero ella se negó.

Cuando se pudo levantar del mueble, Alicia fue directo a la cocina a hidratarse. Entonces caminó lentamente hasta la puerta de la habitación de Karina y tocó dos veces. No escuchó respuestas así que decidió darse una ducha e intentar de nuevo en unos minutos. Abrió la regadera y espero que el agua se calentara un poco. Estaba bastante indecisa en si entrar o no a la ducha, pero estaba convencida que después de un buen baño se sentiría mejor, por lo que hizo su mejor esfuerzo.

Se colocó de espaldas a la regadera, el agua la golpeaba en la espalda y escurría por todo su cuerpo. Alicia veía casi hipnotizada cómo las gotas de agua caían de su cuerpo al piso. Poco a poco se iba sintiendo mucho mejor. Se rió un poco al recordar cuánto había bebido la noche anterior y tuvo la sensación de sentirse mejor. No porque el alcohol la hubiese hecho olvidar, sino porque se daba cuenta que había una vida más allá de lo que estaba sucediéndole y que esa vida la ayudaría a superar todo aquello que estuviera por venir.

Al salir del baño, Alicia volvió a tocar la puerta del cuarto de su amiga, pero el resultado fue el mismo, así que decidió entrar. Vio a Karina envuelta en su sábana, con una almohada sobre su rostro; era casi imposible adivinar que ella se encontraba allí si no fuera porque Alicia lo sabía. Se sentó en la cama e intentó despertarla con delicadeza. Karina refunfuñó un poco.

—¿Qué pasó? —le dijo Karina entre dormida.

—Papá me llamó, quiere decirme algo; estaba un poco extraño. Me dijo que hará una barbacoa y te invitó. ¿Me acompañas?

—No me siento muy bien.

—Acompáñame. —le insistió Alicia con tono de niña malcriada.

—Eres insoportable. Deja que me bañe. Hazme café.

—Vale. —Alicia sonrió.

Alicia preparó un desayuno liviano para ella y su amiga; además, hizo un café potente para despertar completamente los sentidos. Antes de desayunar, se tomó una taza grande. Después de eso estaba lista para enfrentar el día. Ambas desayunaron juntas y se rieron de las ocurrencias de la noche anterior. Organizaron un poco el aspecto del departamento y salieron juntas camino a la casa del padre de Alicia. El metro no tardó demasiado en pasar y aunque no pudieron tomar asiento, iban holgadas y conversaban animadamente durante el trayecto.

VII

—Hola papá. —Alicia abrazó a su padre.

—Hola Ali. —él la abrazó y mostró una amplia sonrisa.

—Hola Víctor. —saludó Karina.

—Karina, ¿cómo estás? Qué bueno que viniste. Pasen.

Alicia y Karina caminaron hasta la sala y se sentaron en el sofá. Víctor fue a la cocina a traerles algo de tomar y regresó acompañado por una dama. A Alicia le pareció extraña la situación, su padre le presentó a la persona que lo acompañaba como Eugenia. Era una mujer de mediana edad, con cabello oscuro de corte moderno a los hombros, sonrisa fácil y ojos tiernos. Nunca antes la había visto, pero Eugenia la saludó con mucha familiaridad y cariño.

—Tu padre me ha hablado tanto de ti. —le dijo emocionada.

—Mucho gusto. —Alicia no pudo decir lo mismo, pero prefirió callar antes que ser mal educada.

—Sé que no te había comentado esto antes hija, necesitaba un poco de tiempo. Eugenia y yo tenemos una relación estable y estamos formalizando. Quería que supieras que hemos decidido mudarnos juntos y espero contar con tu aprobación. —le dijo Víctor con la voz temblorosa.

—Papá, no sé qué decirte. —Alicia se sentó y tomó la limonada que tenía en la mano.

—Debí decirte algo antes, solo que necesitaba estar seguro de que era algo serio; no quería que pensaras mal de mí.

—No tengo nada malo que pensar de ti papá. Mereces ser feliz. Es sorprendente, pero lo comprendo. Me alegra que tengas alguien a tu lado.

—Eso me tranquiliza mucho. —él se sentó a su lado y la abrazó.

Alicia estaba auténticamente feliz por la dicha de su padre, pero estaba un poco descolocada. No era que pensara que él y su madre volverían a estar juntos, eso era algo que ella no quería y que incluso le causaría rechazo; pero nunca vio a su padre con alguien más, lo veía más bien como un solitario. No tenía ni idea de que tenía una relación y mucho menos que ésta fuera estable. La hizo pensar que había muchas cosas que pasaban a su alrededor de las que no se estaba dando cuenta, lo cual podría parecer bastante egoísta de su parte.

—¿Cuándo te mudas Eugenia? —le preguntó Alicia tratando de congraciarse con la pareja de su padre.

—Ya he traído algunas cosas, pero mañana es la mudanza formal. Me contenta mucho por fin conocerte. Tu padre no hace más que decir lo orgulloso que está de ti.

—Mi padre es muy indulgente conmigo. —dijo ella con modestia.

—No lo creo. Me pareces una chica realmente ejemplar.

—Gracias. Estoy muy feliz por ustedes.

—Hija, te tengo una sorpresa. Quería esperar a tu graduación, pero no creo poder. —le anunció su padre.

—¿Una sorpresa?, ¿otra? —Alicia se rió nerviosamente.

—Pues sí, pero para esta necesito que cierres los ojos y me acompañes.

—¿Qué te traes entre manos Víctor Solano?

—Vamos. Cierra los ojos. Sin trampas. —él le tendió la mano.

Ella se sintió de nuevo como cuando era niña y su padre le pedía que cerrara los ojos. Normalmente se trataba de postres que a ella le encantaban, pero en otras ocasiones eran regalos más grandes. Cuando cumplió 9 años, su padre le pidió que cerrara los ojos y la condujo a la sala, al quitar sus manos de rostro se encontró con la casa de muñecas que le había pedido desde hacía más de seis meses, casi a diario. Era hermosa, de color violeta, más grande de lo que esperaba y con todos los accesorios.

Mientras Alicia saltaba de emoción y abrazaba a su padre por la complacencia, su madre estaba sentada en un sillón observando la escena, con cara reprobatoria. No lo expresó, pero no estaba de acuerdo con que Víctor hiciera ese gasto, le parecía tonto e innecesario. A él no le importó, quería hacer a su hija feliz. Alicia jugó con ese regalo casi todos los días durante dos años, cuando llegó a la pubertad y poco a poco fue alejándose de los juguetes; pero nunca quiso deshacerse de ella, la había guardado como un tesoro en una habitación desocupada de la casa de su padre y en momentos de mucha tristeza, secretamente la miraba con admiración.

Ahora su padre tenía la misma actitud complaciente de aquellos días y ella no podía siquiera imaginarse que era lo que estaba tramando; pues el tiempo en el que correspondía ser la consentida de su padre, habían terminado. Ella caminó tomada de la mano de su padre y por los pasos se dio cuenta que estaba yendo hacia la parte trasera de la casa. Al detenerse, escuchó que Karina, quien estaba a su lado, contuvo un sonido de sorpresa; entonces, sintió más curiosidad.

—Ya puedes ver. —le anunció su padre.

Alicia quitó las manos de sus ojos y miró; pero no logró entender qué era lo que tenía que ver exactamente. Miró de lado y lado sin saber en qué centrarse. Entonces su padre le señaló el coche que se encontraba aparcado allí, era un Shelby del año 1961 color crema; ella lo había visto en su sondeo y pensó que era de algún cliente de su padre. Así que no comprendió por qué lo señalaba. Luego, su padre le entregó una llave y comprendió.

—No puede ser papá. ¿Qué es esto? —expresó ella con los ojos muy abiertos.

—Trabajé mucho en él. Espero que te guste. Intenté mantenerlo lo más original posible. Sé que es el coche de tus sueños. —le dijo con una sonrisa.

—No lo puedo creer. Papá, es demasiado. Debió ser muy costoso.

—No tanto. No estaba funcionando, así que lo conseguí por un buen precio y lo dejé perfecto para ti.

Alicia no pudo hacer otra cosa que abrazar a su padre. Estaba tratando de contener las lágrimas. No se trataba tanto de lo que representara como bien aquel coche, sino el gesto que significaba. Ese regalo la hacía sentir especial, importante, trascendental y eso se transformaba en una intensa sensación de felicidad. Su padre respondió a su abrazo con energía y luego la invitó a que lo encendiera.

—Es perfecto. —le dijo ella al encenderlo.

—Estoy feliz de que te guste.

—Papá, pero no era necesario. —le dijo ella contrariada.

—Sí lo es. Te lo mereces. El negocio está yendo bien, en gran parte gracias a tu trabajo. Y, además, quiero que conversemos acerca de otra cosa.

—Ya tengo miedo.

—No es nada malo. —él rió.

—Ha sido mucho por hoy, ¿no crees?

—Vamos.

Todos fueron a la cocina a tomar las cosas para empezar la barbacoa. Alicia no podía creer lo que estaba sucediendo, no podía creer que su padre recordara que ella alguna vez había deseado ese coche. Cuando Alicia estaba a punto de cumplir 18 años Víctor le preguntó qué coche que le gustaría tener alguna vez, ella le había dicho que un Shelby del 61; él no podía creer el buen gusto de su hija y quiso complacerla para su cumpleaños; sin embargo, Ernesto había tenido un accidente en el taller y Víctor tuvo que gastar mucho dinero en el hospital, medicamentos y demás. El día del cumpleaños, el padre de Alicia le había regalado la promesa de darle ese coche alguna vez. Ella casi había olvidado esa promesa, de hecho no creía que tuviese que cumplir aquella promesa.

—Yo nunca la olvidé. Ahora me siento dichoso de haber podido cumplir contigo. —le dijo con ojos amorosos.

—No era necesario papá.

—Me has apoyado tanto siempre, era lo menos que podía hacer. Y quiero que sepas que tomé la decisión de contratar a alguien para que te ayude en la oficina. De esa manera, podrás entrenarla y cuando te vayas ya estará en conocimiento de todo lo necesario. Quiero que esta semana comiences con las entrevistas. —le anunció su padre.

—Papá pero yo no me voy. No entiendo.

— Estás a punto de graduarte. Cuando lo hagas, no quiere que te sientas comprometida conmigo a quedarte en el trabajo porque no hay alguien que se encargue de las cosas. Quiero que tengas total libertad para conseguir tu camino, el que yo sé que tú deseas y el que yo deseo también para ti. —le dijo mientras estaba frente a la parrillera con una cerveza en la mano.

Alicia no pudo decirle más nada. Sabía que no cabía decir nada más en ese momento y que sólo podía aceptar lo que su padre deseaba hacer. Además, lo veía feliz. Ella no estaba segura de qué era lo que lo hacía tan feliz en ese

momento, si era Eugenia, haber cumplido su promesa o algo más; quizás era todo el conjunto, el sentir que las cosas por fin estaban yendo bien. Entonces, ella se sintió aun más feliz, al punto de sentir que todo aquello que le había estado complicando la vida era cosas tontas o pasajeras. Recordó a Sergio y tuvo la sensación de que deseaba que estuviera con ella compartiendo su dicha; pero al mismo tiempo disfrutó de aquel sentimiento de estar enamorada, aunque en aquel momento sentimiento le fuera prohibido en ese instante.

Este fue el momento en el que ella decidió que estaría bien, que no dejaría que las circunstancias por las que estaba atravesado la sobrepasaran; se dio cuenta que lo que sucedía era pasajero y que pronto pasaría. Así que se dedicaría a disfrutar de ese sentimiento que tenía y que no era común en su vida.

—Tu padre se ve muy feliz y tú también. No es para menos. —le apuntó Karina.

—Eugenia parece una buena mujer.

—Y tu coche esta de ensueño. —Karina abrió los ojos y sonrió ampliamente.

—Sí, es verdad. —Alicia miró al Shelby.

—Nos veremos demasiado atractivas allí. —ella levantó la ceja.

—Es cierto. —Alicia se rió modestamente.

Durante aquella tarde, los cuatro conversaron, bebieron, comieron y se divirtieron mucho. Fue una tarde alegre; memorable, sin duda alguna, como pocas en la vida de Alicia y de Víctor, pero lo mejor era que tenían el presentimiento que de ahora en adelante este tipo de momentos se repetirían. De manera lejana, tanto Víctor como Alicia, de manera individual pensaron en Ana Patricia y Ernesto y se sintió como una sombra, pero al mismo tiempo era un dolor superado.

—Ya nos vamos. Muchas gracias por todo. Vendré el siguiente fin de semana a ver cómo te sientes ya instalada. —Alicia se dirigió a Eugenia.

—Me encantaría. Creo que debemos compartir.

—Disfruta tu coche. —le dijo Víctor a Alicia.

—La haré. —ella abrazó su padre.

—Adiós, gracias por todo. —dijo Karina, abrazó a Víctor y a Eugenia.

Alicia y Karina se subieron al coche y emprendieron su camino. El coche tenía un sonido fuerte, pero al mismo tiempo muy sereno. Alicia estaba muy emocionada con el Shelby, no podía quitar la sonrisa de su rostro. Karina

estaba muy emocionada y le pidió a su amiga que no fueran directo para el departamento, sino que dieran una amplia vuelta por la ciudad: Alicia accedió. Las dos disfrutaban del camino, de las luces de la ciudad y de los sonidos de la carretera.

—Oye, ¡mira! Es el coche de Gabriel. —le pidió Karina cuando pasaban por una cafetería en el centro de la ciudad.

Gabriel era un amigo de las dos, aunque primero había sido amigo de Karina. Él era el hermano de un ex novio de ella, se habían entendido muy bien desde el momento en el que se conocieron y luego de que Karina se separó del hermano de él, ellos siguieron en contacto. Después Alicia lo había conocido y también se habían llevado muy bien. Últimamente no se habían visto mucho así que les gusto la idea de encontrarlo en aquel momento.

—¡Hola! —lo saludó Karina emocionada al encontrarse con Gabriel.

—¡Kari!, ¡Ali! —él se levantó de la silla para abrazarlas.

—¿Cómo estás? —le preguntó Alicia.

—Muy bien, ¿Y ustedes? —preguntó Gabriel.

—Excelente.

—Les presento a Samuel, mi novio.

—Mucho gusto. —Alicia le extendió la mano y una gran sonrisa.

—Es un placer. —le dijo Karina.

—Siéntense con nosotros. —les pidió Samuel.

Las chicas se sentaron en la misma mesa exterior a conversar un poco con ellos. Alicia ordenó una limonada con yerbabuena y Karina pidió un té con limón. Entre sonrisas los cuatro conversaron, poniéndose al día con los acontecimientos de sus vidas y hablando de lo necesario que era verse de nuevo con mayor frecuencia.

De manera repentina, Alicia sintió la mirada de alguien sobre ella; miró a su alrededor pero no lograba determinar de quien eran los ojos que de manera insistente la acechaban. Por un momento, pensó que era su idea, pero no lograba hacer que esa sensación se esfumara. Sentía la mirada justo sobre su cuello y no le permitía concentrarse en la narración de Gabriel.

—Hay un hombre muy guapo que no deja de verte. —le dijo Samuel a Alicia mientras le guiñaba el ojo

—¿Dónde? —le preguntó ella, dándose cuenta que se trataba de esa mirada que le pesaba.

—Está allá. —le señaló con la mirada hacia adentro del local.

Entonces Alicia lo vio, se trataba de Sergio; estaba también allí, acompañado por otras dos personas, un hombre y una mujer, Cuando ella lo miró, él desvió la mirada y pretendió no haberla visto; pero para ella estaba muy claro que había estado observándola desde hacía rato. Ella se sintió un poco nerviosa, pero quiso continuar con la agradable velada. Después de algunos minutos, vio que Sergio se levantaba de su lugar y caminaba en dirección a la salida. Ella tuvo la sensación de que él caminaba en su dirección, pero no fue así; al salir del local, cruzó en la dirección opuesta a ella y no volvió a mirarla; su rostro era indescifrable.

Alicia tuvo una sensación un poco extraña después de ese encuentro desencontrado, pero intentó rápidamente alejarlo de su mente. los cuatro amigos conversaron por un tiempo más, hasta que Alicia comenzó a sentir los claros signos del cansancio. Ella le hizo una seña a su amiga, quien entendió perfectamente, se despidieron de los chicos y se fueron.

—Sergio no dejaba de mirarte. Lo vi pero no quise decirte nada. —le dijo Karina mientras iban en camino hacia el departamento.

—Lo sentí. —confesó ella.

—Creo que estaba molesto, ni siquiera te saludó.

—¿Te parece? —preguntó Alicia.

—Sí.

—Pues no sé. Últimamente se comporta de una manera extraña, entiendo que no puede ser muy fraternal conmigo; pero quisiera saber dónde estamos, si de verdad aun piensa en mí. No lo sé.

—¿Por qué no se lo preguntas? —le sugirió Karina.

—No es apropiado. —le dijo ella.

—Estoy bastante harta de tantas prohibiciones.

VIII

La mañana del lunes, Alicia tuvo que dedicar algunas horas a leer hojas de vida para ubicar a quien podría ser su reemplazo en el trabajo que tanto valoraba, porque representaba el esfuerzo familiar. Estaba demasiado insegura respecto a poder encontrar a alguien que sintiera un compromiso fuerte con el negocio; sin embargo, tuvo que reflexionar, era imposible encontrar a alguien que valorara aquel lugar como ella, así que tenía que encontrar a alguien profesional y con sentido de pertenencia. No sería sencillo. Escogió algunas hojas de vida y apartó otras; pero aun no llamaba a nadie para las entrevistas.

Alicia debía reunirse con Sergio en el laboratorio para continuar con la investigación; sin embargo, ella intentó no pensar demasiado en ello. Estaba de buen humor y quería permanecer de esa manera, aunque recordó el momento en el que se encontró con él y ni siquiera la saludó. Ella no entendió su actitud, pensó que no habría nada de malo en que por lo menos la hubiese saludado.

Ella llegó un poco antes de lo usual, aun no se acostumbraba a los tiempos de camino ahora que tenía la oportunidad de trasladarse en su coche. Aprovechó la oportunidad para tomar su almuerzo con tranquilidad, cosa que usualmente no podía hacer, ya que siempre estaba con el tiempo muy justo. Al terminar, ya era la hora pautada así que respiró profundo y se dirigió al laboratorio.

—Pasé. —escuchó ella desde el interior del laboratorio luego de que tocara a la puerta.

—Buenas tardes.

—Ponte la bata y revisa los compuestos. —le dijo como un disparo Sergio a ella.

Alicia no atinó a decir nada, así que se limitó a cumplir con la instrucción. Tenía una actitud bastante seria, mucho más que antes; incluso tuvo la sensación que más que seriedad era molestia. Ella no quiso ahondar en lo que sucedía, pensó que seguramente habría tenido alguna dificultad durante la mañana.

—Ya terminé. —le anunció ella al culminar lo que debía hacer en aquella ocasión.

—Bien, puedes irte. Nos vemos en la clase, saludos a tu novio.

—¿Disculpa?

—No tengo nada que disculparte. —le dijo él enrojecido.

—No entiendo a qué te refieres.

—Al imbécil con el que te vi.

—¿Te refieres a mi amigo Gabriel? —le preguntó ella tratando de entender lo que él le reclamaba.

—No me interesa saber su nombre.

—Ni el de él, ni el de su pareja Samuel. —ella le mostró la foto de perfil de Gabriel en la que se le podía ver besando a su pareja.

La cara de Sergio se transformó por completa, se notaba que intentaba tomar aire para decir algo pero no encontraba las palabras en su mente. Él bajó la mirada, ella guardó su móvil y el resto de sus cosas para retirarse. Antes de que pudiera salir del laboratorio, Sergio se interpuso en su camino.

—Discúlpame. —le dijo sin poder mirarla a los ojos.

—No sé qué está pasando aquí, de verdad. No sé cómo debo comportarme contigo, ni qué estás pensando o sintiendo; ni siquiera sé lo que estoy sintiendo yo. Así que por favor, necesito que me aclares las cosas.

—Aquí no. —siguió con la misma actitud.

—Pues a mí me parece que es mejor aquí y ahora. —le dijo ella con autoridad.

—He tenido días muy difíciles. Ha sido complicado tener que esforzarme en mantenerme alejado, no escribirte o buscarte de alguna manera, teniéndote tan cercana; entre otros asuntos. Decidí salir con unos amigos a despejarme y te vi allí, con ese chico; supongo que mis ojos vieron lo que no querían ver, me sentí tonto; pero ahora me siento aun más. Lo lamento.

—Para mí también ha sido difícil. Estaba comenzando a creer que estabas comenzando a pasar de mí. —le confesó ella.

—¿De verdad? —él la miró a los ojos.

—Sí.

—Te equivocas, pero debo actuar; incluso cuando estemos los dos solamente.

—Lo entiendo. —ella bajó la mirada y vio los labios de él, se dio cuenta que estaban muy cerca.

Sergio se acercó un poco más a ella, al punto en el que ambos podían percibir el olor del otro. La respiración de ambos se fue haciendo más y más rápida. Él mordió sus labios, como intentando resistir su deseo de besar a

Alicia; entonces no pudo contenerse más y continuó el camino hacia la boca de ella. Cuando sus labios se rozaron, Alicia colocó una de sus manos en el pecho de él e impidió que se acercara aun más.

—No debemos. —le dijo titubeando.

—Lo sé. —él aclaró su garganta y se alejó de ella lo más rápido que pudo.

Alicia abrió la puerta del laboratorio y salió. Caminó por el pasillo, rumbo al salón de clases donde debía asistir a la clase de Sergio y le costaba mucho controlar su respiración; aun estaba acelerada y se sentía un poco mareada. Antes de llegar al salón, fue por un poco de agua para intentar calmarse. Cuando sintió que ya las personas que estaban a su alrededor no podrían notar lo alterada que se encontraba, entonces pudo entrar al lugar. Ya Sergio se encontraba allí y había comenzado la clase; ella apuró su paso y se sentó en el primer lugar que encontró disponible. Él la miró al entrar; sin embargo, no se detuvo en su explicación.

Ella se sentía distinta. Tenía una mezcla de emoción, excitación, adrenalina y ternura que hacía que viera todo de manera distinta. En ese instante, tenía la seguridad de que Sergio sentía lo mismo que ella, que él también luchaba con sus sentimientos y las circunstancias por las que estaban pasando. En ese momento, le dejó de importar lo que las demás mujeres del curso; porque él se había fijado auténticamente en ella.

Fue difícil poner atención en el contenido de la clase. Ella se ponía en el lugar de él y suponía lo complicado que sería dictar clase bajo aquella situación tan tensa entre ellos. Pensó que definitivamente él la debía estar pasando peor que ella y que tendría que hacer lo necesario para facilitarle la situación; pero no sabía qué sería lo más apropiado.

Con el pasar de los días y el compartir en el laboratorio, Sergio y Alicia se fueron sintiendo mucho más cómodos trabajando juntos; de cuando en cuando, alguno le dedicaba una mirada intensa y furtiva al otro, sin que el receptor lo note. Algunas veces, han estado muy cerca y sus cuerpos se han acelerado. A pesar de las distracciones, la investigación estaba muy bien encaminada y eso era de gran alegría para los dos.

—Acá están los últimos resultados. —ella entró a la oficina de Sergio.

—Gracias, siéntate un momento para que revisemos esto. —le sugirió él.

—¿Y esa niña? —le preguntó ella.

—Es Camila, mi hija.

—No tenía idea que tenías una hija. —le dijo ella sorprendida.

—Sí, tiene 3 años.

—Es bastante pequeña. ¿Y su mamá? —le preguntó ella sin poder disimular el motivo de su curiosidad.

—Estamos separados hace más de un año. —le confesó él.

—Entiendo.

—Disculpa, no tuve oportunidad de decirte...

—No, no. No tenías por qué. Tengo algunos pendientes. Si ves algo interesante me lo comentas luego. Me voy. —le dijo ella.

—Alicia. —la llamó antes de que saliera.

—¿Sí?

—¿Todo bien? —le preguntó él.

—Sí, claro. —le dijo y sin más salió.

Ella no tenía problema con lo que acababa de saber de Sergio, pero le afectó conocer que había algo tan importante en su vida de lo que no tenía ni la menor idea. Le hizo tomar conciencia de que seguramente habrían muchas cosas acerca de él que ella no sabía y quería saberlo, pero el contexto en el que estaban no era pertinente. Trató de dejar que aquella sensación desagradable fluyera. Imaginó a Sergio como padre de una pequeña y no pudo evitar sonreír tiernamente.

—Alicia, sé que no te lo había dicho. No encontré el momento. No significa que quisiera ocultarlo. —Sergio le escribió por primera desde hace mucho tiempo un mensaje.

—No pasa nada.

—Te fuiste muy rápido.

—Es difícil. —le escribió ella.

—¿Qué es difícil?

—Todo esto lo es.

—Valdrá la pena. —le escribió él.

Ese último mensaje de Sergio, más que un mensaje tenía el peso exacto que tienen las promesas hechas en medio del silencio de los enamorados. Esas palabras llegaron directamente al corazón de Alicia y no quiso arruinar el momento diciendo algo más; prefirió quedarse con esas palabras en el viento.

Frente a todos, Sergio y Alicia no eran más que profesor y estudiante; en el interior de ellos, guardaban un sentimiento revoloteando en su pecho, pero no permitían que ese sentimiento se apoderara de sus acciones, ni siquiera cuando sabían que nadie más los miraba. En silencio, se daban miradas de consuelo y

promesas calladas de que llegaría el momento en que nada los separaría.

—Profesor Castellanos, esta correspondencia es suya. —le informó la secretaria del departamento, mientras él y Alicia trabajaban en el laboratorio.

—Gracias. —él recibió el sobre, lo abrió y leyó.

Alicia continuó concentrada en su trabajo y no le prestó atención al rostro impávido de Sergio. Él quería decir algo, pero no podía dejar de leer; con cada palabra el brillo en sus ojos se acrecentaba más y más. Terminó de leer, guardó la hoja en el sobre de nuevo y volvió a su lugar como si nada hubiese pasado.

—Vas a ausentar algunos días del trabajo y de clases. —le dijo él a Alicia con serenidad.

—¿Disculpa? —ella creyó haber oído mal.

—Es el comité del Congreso de Química Nacional, quieren que vayamos a hablarle de nuestra investigación. —le informó él.

—¿Qué? —ella tomó el documento y leyó rápidamente.

—¿Qué te parece?

—¡No lo puedo creer! —ella se abalanzó y lo abrazó, él la apretó con fuerza.

Aquello significaba un triunfo indescriptible para la carrera de los dos, era una oportunidad que no podían desaprovechar para dar a conocer lo que estaban haciendo, recibir fondos y apoyo de otros académicos. Ambos estaban muy emocionados y las felicitaciones de los colegas no se hicieron esperar. En una semana, debía viajar a la ciudad donde se realizaría dicho congreso y estaría allí por lo menos cinco días.

—No puedo creer que vayas a viajar con el profesor. —le dijo Erika mientras almorzaban.

—¿Por qué?

—A ti ni siquiera te gusta. No es justo.

—No se trata de un viaje de placer, es de trabajo. —le aclaró Alicia.

—Lo sé, pero yo puedo viajar con él y aprovecharlo de verdad.

—Ay, por favor.

—Alicia, haznos sentir orgullosas a todas y así sea róble un beso.

—Oye, ¿qué te pasa? —le preguntó escandalizada.

—¡Ali! Es bello, inteligente, caballeroso, con unos ojazos... ¿qué es lo que no te gusta?

—Es el profesor.

—¿Y qué tiene?, ¿nunca te has enamorado de un profesor? —Erika levantó la ceja.

—No voy a caer en eso.

—Imagínate. Lo tendrás solita para ti, lejos de la universidad, en un lugar hermoso... eres la envidia de todas.

En ese momento, Alicia cayó en cuenta de que estaría lejos de todo y en compañía de Sergio; entonces, los nervios la atacaron. Comenzó a pensar en lo duro que sería controlar todo el deseo que sentía por él. Incluso, tuvo un momento en el que consideró que lo mejor era que ella no fuera, pero estaba segura que él no lo iba a permitir. Tenía que mentalizarse en mantenerse lo más alejada de él, no podía echar a perder todo el esfuerzo de meses.

—Alicia tranquilízate. Si pasa algo entre los dos nadie lo va a saber. Vas a estar cientos de kilómetros lejos de todos. —le dijo Karina cuando le contó sus temores.

—No se trata de eso. ¿No lo ves? Es cuestión de ética, de lo difícil que sería proseguir con todo si llegásemos a tener un acercamiento físico. —trató de explicarle.

—Ustedes se están complicando mucho. Mira que cuando te cohíbes tanto de algo las consecuencias pueden ser peor.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Alicia.

—Que de tanto aguantarse las ganas, ustedes dos van a causar un terremoto.

Ella no siguió preguntando, sabía muy bien a lo que se refería su amiga. Durante ese tiempo en el que ella había tenido que controlar sus sentimientos hacia él, podía sentir la manera como iban creciendo. Ahora tenía más deseos de estar con él. Pensaba que tenía controlado su comportamiento, pero en su interior la tempestad era cada vez mayor y no tenía duda de que cuando la dejara salir, lo envolvería todo.

—Nos vemos mañana en el aeropuerto a las ocho de la mañana. —le escribió Sergio, la noche anterior al viaje.

—Entendido. —le contestó ella.

Alicia estaba terminando de empacar sus cosas para darle otra mirada a la información que llevaba en la laptop. Trataba de no pensar en otra cosa que no fuera la presentación que harían en el congreso y las respuestas de las preguntas que podrían surgir en aquel momento. Y aunque no lo pensara, tenía una sensación perpetua en su pecho que no podría describir, ni intentó siquiera

reparar en ella. Se dijo a sí misma que no sería esclava de sus pensamientos, que dejaría que todo fluyera; era lo mejor.

Esa noche, Alicia durmió muy poco; no dejaba de repasar mentalmente todo el contenido de la presentación. Se levantó muy temprano y despertó a Karina. Habían acordado que ella la llevaría al aeropuerto en el Shelby y su amiga estaba encantada de que por primera vez la dejara conducir el coche.

—Por favor, cuídalo. No vayas a hacer ninguna tontería. —le decía Alicia mientras iban camino al aeropuerto.

—Te lo prometo. —Karina levantó su mano derecha en señal de juramento.

—Bueno...

—¿No confías en mí?

—No. —le respondió Alicia riendo.

—Pues deberías.

Karina acompañó a Alicia al interior del aeropuerto a petición de ella. El lugar estaba repleto y aun Sergio no había llegado. Aun no estaban recibiendo a los pasajeros de su vuelo así que todo estaba bien. En ese momento todo se estaba haciendo real y sintió emoción. Tuvo la sensación por primera vez, de que no se había equivocado al seguir su sueño y que muchas situaciones por el estilo la esperaban en el futuro.

—Hola. —Sergio se acercó a ellas.

—Hola. ¿Cómo estás? —Karina lo saludó con un beso en la mejilla, no lo había visto desde que se conocieron.

—Bien. ¿Y tú? —él se sintió un poco incómodo.

—Bien. Qué tengan un feliz viaje, mucho éxito. Ya que estas acompañada, me voy. —le dijo Karina a Alicia.

—Está bien. —contestó ella.

—Bye.

—Chao. —contestaron Sergio y Alicia.

XIX

—Buenas tardes señorita. Las reservaciones están a nombre de Sergio Castellanos y Alicia Solano. —anunció Sergio al llegar a la recepción del hotel.

—Buenas tardes. —le respondió ella mientras buscaba en el sistema.

Alicia vio a su alrededor y se dio cuenta que aquel lugar estaba repleto de investigadores de todo el país. Se les notaba en la forma de hablar, de caminar y de vestir. Se sintió emocionada de estar en aquel lugar y de formar parte de algo importante. El vuelo había estado bastante bien, no había sido para nada tan incómodo como lo hubiese pensado al estar horas sentada al lado de Sergio. Había estado conversando de la presentación de nuevas ideas para la investigación y lo que podría hacer luego; el tiempo había pasado muy rápido y había sido agradable. Ella pensó que iba a ser posible manejar aquella situación de manera exitosa.

—Aquí tienen sus llaves. Habitaciones D-36 y D-37. Qué tengan una feliz estadía. —la recepcionista le sonrió ampliamente a Sergio.

—Gracias. —contestó él con amabilidad.

Ellos tomaron su equipaje y se dirigieron al ascensor. Según el itinerario aquel día solo estaba pautada la llegada de los participantes; el congreso comenzaría al día siguiente a primera hora. Así que podía tomarse el día para descansar y conocer si era de su agrado. El hotel era muy agradable y la ciudad muy hermosa, así que seguramente mucho elegiría salir a conocer un poco.

—Voy a ducharme. No sé si quieres descansar o te gustaría salir a conocer un poco. Me dijeron que la mayoría de las personas irán al malecón esta tarde. —le dijo él un poco nervioso.

—Sería agradable.

—¿Nos vemos en una hora? —le preguntó él.

—Sí.

A pesar de que percibió que él estaba un poco nervioso, ella se sentía tranquila pues estaba centrada en lo importante y podía controlar todo lo demás. Se duchó con agua fría, ya que el calor del ambiente era un poco sofocante. El agua le quitó como un peso de encima. Alicia realmente detestaba el calor, sabía que tendría que soportar un poco de eso en aquel

viaje, pero valdría la pena. Cuando ya estaba lista, escuchó dos toques en la puerta; supo que era Sergio.

—¿Lista? —le preguntó cuando abrió la puerta.

—Sí. Vamos.

Sergio vestía un jean estilo bermuda, con zapatos deportivos blancos, correa blanca y camisa de tela liviana también blanca de corte tres cuartos; además, tenía unos lentes oscuros y aun tenía el cabello húmedo de la ducha. Alicia lo vio y no pudo evitar pensar que estaba completamente seguro de que él era el científico más atractivo que estaría en aquel congreso, de hecho era el hombre más atractivo que había visto en su vida. No estaba segura de si él realmente no se daba cuenta de ello, actuaba con falsa modestia o simplemente no le importaba.

Ella se había esforzado por lucir bien, tenía puesto su mejor atuendo de verano; pero sentía que él se veía mucho mejor. Además, tenía una sonrisa hermosa que coronada perfectamente su aspecto.

Salieron del hotel y caminaron en dirección al malecón mientras conversaban de la ciudad. Sergio la conoció hacía algunos años atrás, pero para Alicia era la primera vez que estaba allí. Antes de llegar al lugar, Sergio la desvió para entrar a una heladería y ordenó dos barquillas de mantecado para seguir caminando. Él se encontró con varios colegas y conversaban mientras caminaban, presentó a Alicia como su compañera de investigación por lo menos cuatro veces.

Al llegar al malecón, muchas personas estaban allí. Unos eran locales y paseaban a sus mascotas; otros eran turistas y disfrutaban de la vista. Se sentaron en una banca a observar el mar y el atardecer. Era una vista hermosa. Por varios minutos se quedaron en silencio, pero no era incómodo; era un silencio de compartir el momento de tranquilidad.

—Es realmente hermoso. —Sergio rompió el silencio.

—Sí, de verdad lo es.

—Me alegra que estés aquí conmigo. —le dijo él.

—Me alegra estar aquí contigo. —dijo ella, sin mirarlo. El silencio continuó.

Estuvieron largo rato disfrutando de la vista, de las personas caminando, de los niños jugando y la caída del sol. Cuando miraron la hora, se dieron cuenta que debía regresar al hotel pues ya pronto sería la hora de la cena. Así que caminaron hacia allá. La temperatura ya estaba mucho más agradable y

Alicia agradeció esa bondad a la naturaleza. Llegaron al hotel directo al restaurante, ambos estaban hambrientos pues su almuerzo en el avión no había sido precisamente el mejor.

Se habían sentado solos en una mesa, pero habían llegado otras personas a hablar con Sergio. Alicia se dio cuenta que muchos lo respetaban y admiraban. Incluso se había encontrado con personas con las que había trabajado en la universidad de donde había sido trasladado y le expresaban lo mucho que se le extrañaba en el lugar. A pesar de que llegaban a hablar con él, Sergio encontraba la manera de que ella no se sintiera apartada de la conversación.

En un momento, Alicia se dio cuenta que pronto llegaría el momento de regresar a las habitaciones; así que pensó que lo mejor que podía hacer era retirarse un poco antes para evitar el momento incómodo en el que él la acompañara a la puerta de su habitación. Realmente se dio cuenta que era una idea estupenda.

—Disculpen. Estoy un poco cansada. Me retiro. —dijo ella levantándose.

—Espérame, yo te acompaño. —le dijo él rápidamente.

—No, por favor. Gracias. Ha sido un placer. —Alicia le dio la mano a los dos científicos que se encontraban en la mesa y se retiró sin darle la oportunidad a Sergio de insistir.

Ya en la habitación, Alicia se sintió aliviada, presentía que había evitado una bala, por así decirlo. Era complicado controlar todas las sensaciones que le hacía sentir Sergio, en aquellas circunstancias. Había tomado la mejor decisión, evitar las situaciones incómodas. Decidió relajarse un poco así que tomó su móvil, revisó las redes sociales, le escribió a su padre y también a Karina.

—La playa acá es hermosa. ¿Cómo te comportas? —le escribió a su amiga.

—Qué bueno. Yo me estoy comportando perfectamente bien. ¿Y tú? Espero que muy mal. De hecho, no deberías estar escribiéndome.

—No seas tonta. Yo me estoy comportando acorde con las circunstancias. Ya estoy en mi habitación para descansar, mañana será un día arduo. .le respondió.

—¿Y estás sola en la habitación?

—Sí, claro.

—Pero que aburrida eres.

—¿No te cansas de decirme eso? —le preguntó Alicia.

—¿Y no te cansas tú de ser tan aburrida?

—Mejor me voy a dormir.

—¡Aburrida!

Alicia apartó su móvil, colocó su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Entonces escuchó que se abría la puerta de la habitación de al lado. Sabía que se trataba de Sergio. Se le aceleró el corazón al darse cuenta que él estaría allí, toda la noche, tan cerca de ella. Era una mezcla de sensaciones reconfortantes y a la vez muy perturbadoras. No sólo su corazón se aceleraba, sino que sus deseos se exacerbaban con velocidad. Percibió cómo muy rápidamente se excitaba sexualmente al saber que él estaría acostado en una cama y que lo único que los separaba era una pared; pero no era una pared concreta, era la pared que ambos habían tenido que construir para controlarse.

Ella imaginó que él no entraba a la habitación de junto, sino que entraba en su habitación, que caminaba en la oscuridad hacia la cama, que al llegar al extremo inferior él se subía en ella y subía deslizándose por su cuerpo. Entonces, ya encima de ella, besaba su cuello con delicadeza y sensualidad mientras sus manos acariciaban sus pechos, su cintura, sus piernas y su sexo. Las manos de Alicia se conducían por su cuerpo en coherencia con su imaginación. Cuando su lado más conservador le decía que aquello no estaba bien, otra parte de ella le sugería que era mejor fantasear y satisfacerse que guardarlo todo en su interior hasta descontrolarse por completo sobre Sergio.

Tomó la decisión de escuchar a la segunda voz y no se detuvo en sus caricias hasta que su excitación fue tal que salían jadeos y gemidos de su boca. Cuando el orgasmo se apoderó de todo su cuerpo, no pudo contener un pequeño grito que salió de su garganta. Por algunos minutos quedó cansada y ligeramente satisfecha; sin embargo, su excitación se volvió a presentar cuando la idea de que él también se tocara pensando en ella tocó en su mente. Esta vez hizo lo posible por calmarse, así que lavó su rostro con agua fría y decidió dormirse.

—¿Qué tal tu noche? —le preguntó Sergio al sentarse frente a ella para tomar el desayuno.

—Muy bien. Gracias. —le dijo ella, aunque lo que tenía en mente había sido su sesión de caricias solitarias.

—A mí me costó un poco dormir, pero luego pude descansar bastante bien.

—Me alegro. —ella estaba un poco sonrojada.

Después del desayuno, se presentaron a la inauguración del congreso. Las

presentaciones comenzaron y Alicia se perdió completamente entre tantas ideas que se exponían, se sentía intensamente fascinada por todo lo que escuchaba; hacía anotaciones, entendía cosas que antes no había reparado y se llenó de una sensación muy agradable al pensar que estaba en el lugar donde realmente deseaba estar.

—Tenemos un pequeño problema. —le dijo Sergio una vez que había culminado la jornada aquel día.

—¿Qué pasó?

—Hay que ajustar la presentación, los organizadores me dijeron que tenemos quince minutos menos de lo que nos habían informado antes. —le anunció él.

—¿Por qué? Es muy poco tiempo, ya tenemos todo organizado y el tiempo nos queda justo.

—Me dijeron que habían tenido que incluir otras presentaciones para la jornada de mañana y era necesario acortarlas todas. Tendremos que sentarnos a planificarla mejor. Nos vemos en mi habitación en diez minutos, lleva tu laptop. —le dijo él y se fue pues lo estaban llamando desde el otro lado de la sala donde se encontraban.

Ella no sabía qué pensar. En ese momento, sintió auténtico temor de sí misma, de no poder controlarse al estar en la habitación de él, completamente a solas. Era demasiada tentación para ella, pero parecía que él lo tenía todo muy bien pensado pues no se había ni siquiera inmutado con esa propuesta. Ella respiró profundo y se llenó de valentía. Alicia llegó a su habitación, tomó su laptop y sus anotaciones, trató de dejar todo aquello que la alterara en su habitación.

—Pasa. —escuchó ella desde el interior de la habitación después de haber tocado.

Entró y lo vio sentado en un escritorio frente al ordenador y varios papeles. Había una silla a su lado, ella se sentó y colocó también sus cosas. Temblaba ligeramente y hacia todo lo posible para disimularlo. Inmediatamente, él comenzó a decirle cómo pensaba que podrían acortar un poco la presentación, no paraba de hablar, eso la ayudó bastante. Alicia borró y modificó lo que él le iba sugiriendo; también le dio algunas ideas que él recibió de buen grado.

—Listo. De verdad creo que con estos cambios hasta nos quedan disponibles algunos minutos para las preguntas. —le dijo él después de poco

más de una hora de trabajo.

—Sí, me parece que quedó mejor. —ella le sonrió.

—Tienes una hermosa sonrisa.

—Ehm... —ella titubeó ante aquella manifestación.

—Disculpa. Se me salió. No era mi intención incomodarte.

— Ok.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó él.

—¿A qué te refieres?

—A esta cercanía entre los dos. No sé, quizás encuentre un poco de consuelo al saber que para ti está siendo tan difícil como para mí. —él miró los labios de ella y luego sus ojos.

—Si está siendo muy difícil. Es lo más difícil que he hecho alguna vez. — ella se quitó un peso del pecho y el sonrió un poco.

—Tal vez soy un poco malvado, pero me alegra no ser el único que siente eso.

—¿Crees que puedas soportar? —la respiración fuerte de ella se había vuelto muy evidente y su pecho estaba tomando un color carmesí.

—Justo en este momento no estoy nada seguro de eso. De hecho siento que ya no puedo soportarlo más.

Los dos al mismo tiempo avanzaron hacia el otro y cayeron en sus labios. Sin saber cómo, Alicia se encontró sentada sobre él, frente a frente, aferrada a su cuerpo y devorándose a besos. Él la apretaba fuertemente contra su cuerpo y lamia cada espacio de su piel que podía alcanzar. Entonces él se levantó de su asiento, aun con ella sobre él y la llevó en brazos hasta la cama. Se acostó sobre ella, entre sus piernas y comenzó a quitarle la ropa.

—Sergio... No podemos... —alcanzó a decir ella entre jadeos.

—Ya no me importa nada. No puedo más. Si de verdad quieres que me detenga pídemelo y lo hare; pero esto es lo que deseo. Te necesito ya. ¿Me detengo?

—No. —le dijo ella después de unos segundo de pausa.

Después de unos pocos segundos, los dos estaban completamente desnudos. No había una frontera delimitada entre las piel de los dos. Sergio recorría todo el cuerpo de Alicia con su boca, hasta llegar a su sexo donde se detuvo a conocer con profundidad y a disfrutar de su sabor. Ella no podía

controlar el movimiento que se había apoderado de sus caderas y de los gemidos que brotaban de sus manos, sus ojos, sus senos.

Él levantó su cuerpo, estaba de rodillas frente a ella; ambos se acariciaron con la mirada. Sergio pasó sus manos suavemente entre las piernas de ella para hacer espacio para su cuerpo, entonces se inclinó y entró en ella. Ambos sintieron un alivio que nunca antes habían experimentado. Se aferraron una al otro con fuerza y se entregaron por completo al placer. Sus caderas encontraron la armonía perfecta de los movimientos para ampliar las sensaciones, y cada vez se iban haciendo más y más intensos.

Cuando Sergio sintió que ya no podía retrasar más su explosión, salió de ella, tomó su mano y le pidió que siguiera dándole placer, mientras él con su mano se aseguró de que ella estuviera en el mismo punto que él. Los dos se elevaron en una onda expansiva de placer y sus cuerpos cedieron ante la estimulación.

—Estamos un poco muy jodidos. —dijo ella cuando puedo recuperar el aliento.

—Pero juntos. —le dijo él y la abrazó.

X

La presentación resultó ser todo un éxito. La manera cómo lograron organizarla había sido incluso mejor de lo que primero habían planificado. Las preguntas que le hicieron los asistentes eran sobre todo para conocer con mayor profundidad los resultados que estaba obteniendo y no para cuestionar. Recibieron muchas felicitaciones y ambos estaban muy contentos.

—Gracias por permitirme formar parte de esto. —le dijo Alicia a Sergio durante la cena.

—No, soy yo quien debe agradecerte por haber puesto todo de tu parte en este proyecto. Sin tu talento y dedicación no lo habríamos alcanzado. Eres brillante. —le dijo él con sinceridad.

—Gracias.

—Y hermosa, y sexy, e irresistible... —siguió el en voz baja.

—Sergio...

—Lo sé. —él le guiñó el ojo.

Una vez que terminó la cena, algunos colegas invitaron a Sergio y a Alicia a tomar algo; ellos aceptaron. Eran por lo menos quince participantes del congreso quienes entraron al área de bar del hotel, la mayoría se habían conocido allí y se la llevaban muy bien. Pasaban un rato agradable conversando, haciendo chistes y bebiendo un poco.

—Oye, tu compañera. ¿Ella es tu estudiante? —le preguntó uno de los presentes.

—Sí.

—Es muy atractiva y, además, es muy inteligente. Ya me acerqué a ella, pero es un poco distante, me gustaría invitarla a salir; ¿me das su número? —le pidió a Sergio.

—No... es que... ella... es casada.

—¿De verdad? No lleva anillo. —le dijo extrañado.

—No, creo que está en un momento difícil de la relación, sabes; pero son cosas que se solucionan. No querrás meterte en un problema. El esposo es boxeador. —Sergio inventaba mientras hablaba.

—¿Boxeador?

—Sí. —Sergio asintió.

—Entiendo. Bueno, gracias por advertirme.

—Para eso estamos amigo. —le dio una palmada en el hombro.

Cuando comenzaba a hacerse un poco tarde, algunos de los presentes comenzaron a despedirse, pues al siguiente día debía estar temprano en el congreso de nuevo. Sergio y Alicia hicieron lo mismo. Subieron al ascensor con muchos otros huéspedes, fueron los únicos que se bajaron en el piso cuatro y caminaron en dirección a sus habitaciones.

—Bueno, feliz noche. Qué descanses. —le dijo Alicia al llegar a su puerta.

—¿Puedo entrar? —le preguntó él acercándose a ella.

—Creo que mejor...

—¿Por qué? —se acercó aun más.

—No sé en qué situación estamos tu y yo, y...

—Déjame entrar y lo hablamos.

—Es complicado hablar así.

—¿Así cómo?

—Tú sabes... —ella suspiró.

—No hay problema, lo conversamos después de... tú sabes. —él sonrió.

—¿En serio quieres seguir con esto?

—Más que nada en la vida. —le dijo él con suavidad.

Ella abrió la puerta de la habitación, entró y él la siguió de cerca. Cuando ambos estuvieron adentro él la abrazó por la espalda con ternura, apretó su cuerpo en contra el de él y olió el aroma de su cabello. Luego besó su cuello con deseo, mientras sus manos se hacían camino hasta sus senos; los apretó con fuerza y ella pudo notar como crecía justo detrás de ella la erección de él.

Sergio le pidió al oído que se desnudara y ella obedeció sin chistar; él hacía lo mismo mientras permanecía detrás de ella. Cuando ambos estuvieron desnudos él volvió a abrazarla. Su boca saboreaba el cuello y los hombros de ella, a la vez que sus manos la recorrían por completo. Internó una de sus manos en el centro del placer de ella y se derretía entre sus dedos.

En el momento en el que sintió que ella movía sus caderas buscando más placer, la inclinó en un extremo de la cama y entró en ella. Primero con delicadeza, con una suavidad que la enloquecía; hasta que ella le pidió que lo hiciera más duro, entonces él la complació, con más y más fuerza, hasta que ella tuvo que gritar de placer.

Ella se sentó en la cama, aun jadeante y lo vio frente a ella, hermoso, deseoso, provocativo y de pie. Lo acercó y su boca lo poseyó por completo.

Él casi no podía mantenerse en pie por el placer que sentía, pero ella no paraba de besarlo y saborearlo. Cuando él le dijo que no podía más, Alicia no quería detenerse, solo podía pensar en continuar con más y más fiereza.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Alicia a Sergio, mientras se abrazaban acostado en la cama, con la tranquilidad que brinda la satisfacción de los deseos.

—¿A qué te refieres exactamente? —le preguntó él.

—Regresaremos a casa, a la universidad. Yo sigo siendo tu estudiante y tú mi profesor.

—Sí, quisiera que no fuera así, pero sé que lo es.

—¿Qué haremos?

—Ya no creo poder estar lejos de ti. —le confesó él.

—¿Qué significa eso?

—Que estoy dispuesto a lo que sea necesario para estar así contigo. Justo como en este momento.

—No quiero perjudicarte en tu trabajo.

—Lo sé, ni yo en tu carrera. Así que lo único que creo que podemos hacer es intentar estar juntos sin que los demás tengan que enterarse. —le propuso él.

—Crees que sea posible.

—Haremos que lo sea. Es la única alternativa que veo. ¿Ves otra?

—No. —le respondió ella.

—¿Quieres estar conmigo? —él la miró a los ojos.

—Más que nada. —ella lo besó.

—Te amo. —le confesó él.

—Yo también te amo. —ella sonrió.

Los días que restaron del congreso fueron muy interesantes; sobre todo para Alicia que no había asistido a nada similar y todo lo que aprendía le resultaba muy interesante; estaba segura de querer continuar asistiendo a eventos por el estilo. A Sergio le encantaba ver cómo ella asimilaba todo tan bien y la manera como se emocionaba por lo que estaba aprendiendo; le hacía recordar la razón por la cual había hecho su vida en torno a aquello. Sentía un nuevo impulso a través del gran interés de ella.

Y las noches de esos días, eran aun mejores. Alicia y Sergio aprovechaban cada instante a solas para entregarse en cuerpo y corazón. Se hacían promesas en medio del silencio y pronunciaban las palabras más dulces que conocían.

Cada noche se dijeron cientos de veces que se amaban. Sin embargo, cada minuto que pasaba, se acercaba más el momento en el que debía partir de regreso y volver a la realidad. Era duro pensar en ello, no sabían cómo iba a resultar todo; pero estaban decididos a hacer que funcionara.

Durante el vuelo de regreso, Alicia y Sergio no despegaron sus manos. Se apretaban fuerte, deseando no tener que separarse jamás, pero con el doloroso conocimiento de que en pocas horas deberían tomar rumbos distintos y que ante los ojos de los demás tenía que ser casi como desconocidos. Ella acariciaba la mejilla de él y él besaba su mano.

—Karina vendrá por mí. ¿Quieres que te llevemos a tu casa? —le preguntó ella al llegar.

—Tomaré un taxi mejor, sino será aun más difícil.

—Está bien. —le dijo.

—Te amo.

—Te amo.

Sergio se despidió con un abrazo y un beso furtivo en los labios. Él se fue hacia la zona de taxis rápidamente, antes de perder por completo la voluntad de alejarse; mientras ella esperaba a Karina, quien no tardó en llegar. Se notaba que venía apurada y Alicia no podía disimular la angustia de su rostro.

—¿Qué pasó? —fue lo primero que le preguntó Karina al ver a su amiga.

—Pasó todo. —le dijo, sabiendo que entendería perfectamente.

—Amiga... —ella la abrazó, presintiendo la complejidad del momento por el que pasaba.

—Vamos. —Alicia tomó su equipaje.

Ya en su departamento, Alicia se dio una larga ducha, se recostó un momento en su cama y vio las fotos que había tomado durante aquellos días. En la mayoría estaban los dos juntos y era visible la cercanía que había entre los dos. Eran imágenes que no podía mostrar, pero que guardaría como su tesoro más valioso. Quiso calmarse un poco, así que llamó a su padre, conversaron un poco acerca del congreso, del vuelo y de cómo había ido las cosas en el taller con Irina, su reemplazo; aparentemente era perfecta, así que todo estaba bien.

—Ali, ya está la cena. —le anunció Karina.

—Voy. —dijo Alicia desde su habitación.

—Siéntate.

—¿Hiciste cena? —preguntó Alicia muy sorprendida.

—La ordené y la pagué, que es lo mismo. Así que siéntate y calla.

La pizza estaba deliciosa y se sentía un poco reconfortada con el gesto de su amiga. Cuando terminaron la pizza, ambas se sentaron en el sofá con una botella de vino y dos copas; era el momento de contarle todo, y así lo hizo Alicia. No le dio los detalles íntimos a su amiga, aunque ella insistió, pero le dijo todo lo que había pasado.

—Creo que tienes que estar feliz. Estás enamorada de él, él está perdido de amor por ti y están juntos. No podrías pedir más. —le dijo.

—Hubiese querido que tuviese que ser así, que no tuviésemos que ocultarlo.

—Las relaciones no son perfectas y será por un corto tiempo. Es un detalle, más nada.

—Quisiera ver las cosas con la simpleza con la que las ves tú. —le dijo Alicia a su amiga.

—Las cosas son simples, nosotros las complicamos. Relájate. —Karina alzó su copa en signo de brindis y bebió.

—Voy a acostarme. Tengo sueño y mañana tendré un largo día. —le anunció Alicia a Karina una vez que habían terminado con la botella.

—Descansa.

—Te amo y te extraño muchísimo. —leyó Alicia en su móvil cuando se recostó en su cama, el remitente era obvio.

—Yo también te extraño mucho.

—Descansa. Nos vemos mañana hermosa.

—Descansa. —le respondió ella, sonriendo.

Alicia llegó temprano a la oficina para comprobar efectivamente que todo estaba en perfecto orden; incluso, mucho mejor de lo usual. Era duro reconocerlo, pero Irina era mejor que ella para aquel trabajo. Se sentía celosa y a la vez aliviada. Estaba claro que podía estar tranquila para dejar la oficina en manos de ella muy pronto. Eso quería decir que tendría que buscar trabajo, lo cual le resultaba bastante ajeno. Casi toda su vida había trabajado, pero no había pasado por el proceso de buscarlo, ni mucho menos había asistido a una entrevista. Sin embargo, esta era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

—Ali, ¿cómo estás? —su padre la saludó con un abrazo.

—Hola papá, bien. ¿cómo estás tú?

—Muy bien. Cuéntamelo todo. ¿Cómo te fue? —le preguntó.

—Excelente... La presentación fue exitosa. Aprendí mucho...

—¡Qué bueno!

—Creo que no me extrañaron por aquí.

—No digas eso. Irina es excelente, escogiste bien; pero siempre extrañaré a mi pequeña. —él le dio un beso en la frente.

—Ya no soy pequeña, papá.

—Eso no se le dice a un padre.

—¿Cómo está Eugenia? —preguntó ella.

—Muy bien. Queremos que vengas a cenar con nosotros esta noche. ¿Qué dices?

—Claro que sí.

Después de la jornada laboral, Alicia se dirigió a la universidad. Se sentía muy emocionada de ver a Sergio, también nerviosa; estaba segura de que era su idea, pero temía que en su rostro se notara las sensaciones que él le hacía sentir y los recuerdos que constantemente llegaban a su mente. Contrario a lo que hubiese creído antes, no se sentía culpable; se sentía alegre.

—¡Alicia! ¿Cómo estás? —Erika la alcanzó mientras caminaba por el pasillo.

—Hola Erika. Bien ¿y tú?

—Bien. Cuéntame cómo te fue en el congreso. —le dijo emocionada.

—Muy bien, fue una experiencia académica excelente.

—¿Y qué tal con Sergio?

—¿El profesor Castellanos? —Alicia le regresó la pregunta un poco irritada.

—Tú me entiendes.

—Todo bien.

—¿Más nada? —Erika insistió.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Es tan simpático como parece cuando está fuera de aquí?, ¿cómo se viste?, ¿de qué habla?

—Erika fuimos como compañeros de investigación. Es un hombre normal. Deja de fantasear con él. —le dijo Alicia un poco fastidiada.

—Le quitas la emoción a todo. —le dijo antes de sentarse en el salón de clases.

—Buenas tardes. —Sergio ingresó inmediatamente al lugar.

Alicia apenas pudo contener la expresión de sorpresa en su rostro. Lo vio

aun más hermoso de lo normal, tenía una sonrisa radiante en su rostro y le había dedicado una mirada tierna al momento de saludar. Lamentaba intensamente no poder darle un abrazo y besarlo, pero sabía que compartían el mismo deseo; y, por ahora, eso bastaba, la complicidad con él la consolaba un poco, pero el consuelo duró poco.

Las clases terminaron y Alicia no quería irse, debía estar en casa de su padre pronto; pero sentía un deseo incontrolable de ver a Sergio en privado, por lo menos para poder decirle lo mucho que lo estaba extrañando. Estaba segura que no era apropiado; sin embargo, decidió flexibilizar un poco las cosas, era necesario. Tocó dos veces a la puerta de la oficina de Sergio, sin saber si se encontraba allí.

—Adelante. —escuchó desde el interior.

—Hola. —ella lo saludó, él levantó la mirada y sonrió.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —ella se sentó frente a él.

—Con ganas de comerte a besos. —le respondió él en voz baja.

—Qué casualidad.

—¿Qué harás ahora?

—Tengo una cena con mi padre.

—Entonces estará ocupada. —él lució decepcionado.

—Pero... creo que podrías ir... si quieres. —le dijo un poco nerviosa.

—¿De verdad?, ¿me presentarías a tu padre?

—Sí, claro. No tiene que saberlo todo, pero al fin y al cabo estamos juntos. Él no tiene contacto con la universidad.

—Está bien. Me parece una buena idea. —él sonrió.

—Bien. Te envío la dirección por mensaje y nos vemos allá.

—Perfecto. Terminó unas cosas aquí y salgo.

—Vale. —ella salió de la oficina emocionada.

Antes de llegar a casa de su padre, Alicia pasó a comprar algunas cosas para la cena, pues no quería llegar con las manos vacías. No estaba segura de cómo reaccionaría su padre al conocer a Sergio, pero pensó que era una buena idea; seguramente ahora que estaba con Eugenia entendería mejor todo y al saberla feliz no tendría problema. De todas maneras, no tenía pensado decirle que él era su profesor; ni ahora, ni nunca, probablemente.

—Hola Alicia. ¿Cómo estás? Pasa, por favor. Tu padre está en la sala. —la saludó Eugenia con mucha efusividad.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Excelente. Qué bueno que viniste. Víctor, llegó Ali.

—Hija, pasa. ¿cómo te fue en la universidad? —su padre la abrazó.

—Bien. Papá, invité a cenar a alguien que quiero que conozcas.

—¿Sí? Qué bueno. Eso no es muy común en ti.

XI

—¿Cuánto tiempo tienen juntos? —les preguntó Víctor, durante la cena, aún impresionado de saber que su hija tiene una relación.

—Algunos meses papá.

—¿Y en qué trabajas Sergio?

—Yo soy doctor en química. —le dijo Sergio desviando ligeramente la respuesta.

—Ah, estudiaste lo mismo que le interesa a Alicia. Tienen cosas en común.

—Sí. —respondió ella.

—Pues hija, si estas contenta con esta relación yo soy muy feliz. Nunca antes habías traído a casa a alguien con quien estuvieras, y siempre pensé que era porque estabas esperando a la persona correcta; si consideras que esa persona es Sergio, yo te apoyo al cien por ciento. —le dijo, tomando su mano.

—Gracias papá. —ella contuvo las lágrimas.

—Siempre serás bienvenido a esta casa. —le dijo Víctor a Sergio.

—No se imagina cuánto me contenta saber eso.

—Pues hoy es un día de buenas noticias. Nosotros también les tenemos una. —expresó Víctor tomando la mano de Eugenia.

—¿Qué será? —preguntó Alicia.

—Quiero que lo escuches de la voz de Eugenia.

—Alicia, estoy embarazada. —Eugenia tenía un brillo único en los ojos.

—Wau... Eso sí es una noticia.

—Estuve hablando con un abogado. Tu madre nunca firmó el divorcio, pero debido al tiempo que ha pasado, podré obtenerlo sin su firma. Apenas se concrete ese documento, Eugenia y yo queremos contraer matrimonio. Espero que estés de acuerdo. —le dijo Víctor a Alicia.

—¡Claro papá! —ella se levantó y le dio un abrazo, primero a su padre y luego a Eugenia.

Luego de la cena, los cuatro se sentaron en la sala y conversaron acerca del embarazo. Eugenia les contó que estuvo casada y que durante muchos años intentaron todo lo necesario para concebir un hijo, pero que no fue posible; aquella situación fue muy difícil para el matrimonio y terminó destruyéndolo. Ahora, cuando se había resignado que no podría ser madre biológica de nadie, había ocurrido ese milagro. Estaba visiblemente conmovida y emocionada.

—Ya nos vamos papá. Gracias por la cena a los dos. Fue muy especial realmente. —le dijo Alicia a su padre.

—Lo fue. Y como ya te dije, creo que vienen momento más y más especiales.

—Estoy bastante seguro.

—Ha sido un placer. —le dijo Sergio a Víctor.

—Igual para mí. Regresen pronto, por favor.

Después de despedirse, Alicia y Sergio caminaron en dirección a los coches, tomados de la mano, por primera vez. Se sentían como dos adolescentes enamorados y emocionados. Aquella cena había significado mucho para ellos como pareja, era la formalización de aquello, ante la mirada de quienes importaban.

—Qué noche. —le dijo él.

—Definitivamente. —ella sonrió.

—Siento que me faltó darte algunos besos.

—¿Y que lo impide? —le preguntó ella.

—Los besos que te quiero dar no son aptos para todo público.

—¿Qué dices si me los das en privado?

—No voy a declinar esa oferta. —él sonrió.

Alicia condujo adelante rumbo a su departamento y Sergio la siguió. Ella esperaba que Karina no estuviera a la vista al llegar para no tener que pasar por ese momento incómodo, Realmente deseaba estar a solas con él y no había motivo para cohibirse. Lo que pedía Alicia era no estar jugando demasiado cerca del fuego.

—Llegamos. —le dijo ella al entrar a su departamento.

—Me gusta, es lindo.

—Otro día te lo muestro mejor. Ahora vamos a mi habitación antes que mi compañera quiera conocerte. —ella lo guió por la mano.

—Acaso. ¿te avergüenzas de mí? —le preguntó él en tono de broma entrando a la habitación.

—No, pero ahora solo te quiero para mí. —le dijo Alicia antes de besarlo y comenzar a desnudarse.

Aquella fue la primera noche que hicieron el amor en el departamento de Alicia. Las caricias fueron muy apasionadas, pero a la vez intentaron mantener un poco de silencio para no alertar a la amiga de Alicia. Ella le pidió que se quedara con ella, no quería sentir su ausencia y él con gusto accedió.

—¿Debo salir a escondidas de tu amiga? —le preguntó él al despertar.

—No, no hay problema. Te la voy a presentar, pero es un poco molesta. ¿Ok? —ella le advirtió.

—Entendido entonces.

—Kari, tengo a alguien a quien te quiero presentar. —anunció Alicia, junto con Sergio, al entrar en la cocina donde se encontraba Karina de espaldas haciendo café.

—¿A qui... —ella no pudo disimular su sorpresa.

—Sergio, ella es Karina, mi amiga y compañera de departamento.

—Hola Karina. Es un placer. He escuchado mucho de ti. —se acercó él a darle la mano.

—Y yo de ti... Creo que haré un poco más de café. ¿Te gusta el café? —le preguntó, sin saber qué más decir.

—Sí, me encanta.

—Yo haré el desayuno. —dijo Alicia.

Después de aquella ocasión, muchas fueron las mañanas en las que los tres compartieron desayuno durante varias semanas. En la universidad, Sergio y Alicia no eran más que profesor y estudiante; solo se hablaban lo necesario. Pero fuera de allí, eran una pareja conociéndose, compartiendo y disfrutando de su compañía. Sin embargo, sabían que no era conveniente que se les viera demasiado en público, pues alguien relacionado con la universidad podría verlos. Casi siempre pasaban tiempo en el departamento de Alicia, pues el lugar en el que él vivía había sido asignado por la universidad y habían varios compañeros de trabajo que vivía cerca.

Al semestre tan solo le quedaban dos semanas y Alicia estaba casi eufórica de la emoción. Aquello, no sólo quería decir que estaba a punto de obtener su deseado título, sino también que muy pronto tendría más libertad en su relación con Sergio. Él también estaba muy emocionado.

—¿Puedo ir a tu departamento esta noche? —le escribió Sergio a Alicia.

—No. —le escribió ella y siguió estudiando.

—¿Por qué no?

—Porque mañana tengo el parcial final de una materia importante y debo estudiar.

—Seguramente ya sabes todo eso, no creo que sea necesario que estudies tanto. —le escribió él.

—Deja de intentar sonsacarme. Este profesor es un fastidio, debo estar

bien preparada.

—¡Hey! Eso no es verdad. —le respondió él, sabiendo que se refería a él.

—Nos vemos mañana después del parcial para celebrar. —le propuso ella.

—Está bien...

—Te amo.

—Ujum... —le escribió él.

Sergio pasó por los asientos de sus estudiantes entregándoles una hoja con las preguntas del parcial final. A todos les deseó éxito, no pudo evitar hacer una inflexión distinta en la voz cuando se lo deseó a Alicia. Ella no necesitaba la nota del parcial para aprobar la asignatura, a diferencia de muchos de sus compañeros; sin embargo, si quería mantener la posibilidad de recibir mención honorífica en su graduación, debía obtener la mayor calificación posible. Existía un ambiente de tensión en la clase, característico de este tipo de situaciones.

Alicia entregó su parcial, bastante segura de que tendría una buena calificación, como en el resto de los cursos. Después de la evaluación, tenía programada la entrega de una investigación en otra asignatura; luego, estaría libre. Algunos compañeros la invitaron a celebrar al terminar el día, pero ella no aceptó. Tenía en mente celebrar con Sergio. Así que una vez que había culminado sus pendientes intentó comunicarse con él, su móvil parecía apagado; ella supuso que no tendría batería. Se dirigió a su oficina. Tocó dos veces pero tal parece que no estaba allí.

—No está. Yo también lo estoy buscando. —escuchó una voz femenina, detrás de ella.

—Ok.

—¿Eres su estudiante? —le preguntó.

—Sí.

—¿Lo viste hoy?

—Sí. —a Alicia le parecían extrañas las preguntas de aquella mujer que no había visto antes.

—Necesito hablar con él y no he podido ubicarlo. Yo soy su esposa. —al escuchar estas palabras Alicia creyó que se iba a desmayar.

—¿Cómo? —su rostro estaba pálido.

—Su esp... No me digas que eres tú. ¿Eres la mujer con la que está saliendo? Sí, ya te me hacías conocida. Te ves mejor en fotos. —Alicia vio

odio en los ojos de aquella mujer.

—Alicia, déjame explicarte. —escuchó que Sergio se acercaba a ella.

Ella no lo esperó, comenzó a caminar en dirección a la salida. Estaba intentando contener las lágrimas, con toda su voluntad, pero no era fácil. Cuando sintió que iba a colapsar tuvo que correr. Llegó a su coche y arrancó inmediatamente; sentía que él la estaba persiguiendo. Todo se veía borroso para ella, que él fuera casado no tenía ningún sentido para ella; pero porque esa mujer diría eso.

Ella llegó a su departamento, no había nadie, lo cual agradeció; se sentó en el sofá para tratar de calmarse y vio que su móvil no paraba de repicar, como era de esperarse era él. Tomó el móvil y lo apagó, no había nada de qué hablar. En ese momento, Alicia sentía que el mundo se le venía encima. Entonces, escuchó que tocaban con violencia a su puerta. No contestó nada, no le importaba quien fuera.

—Alicia, ábreme. Soy yo. —escuchó la voz de Sergio.

—Sé que estas allí, vi tu coche estacionado. Necesitamos hablar. —ella permaneció en silencio.

—Si no me abres todos se van a enterar de lo que te tengo que decir porque no voy a dejar de decírtelo, así sea detrás de esta puerta. —ella no quería un escándalo así que abrió la puerta.

—Mejor te vas. No hay manera de arreglar esto.

—Escúchame. —le pidió él.

—Te voy a preguntar algo. Necesito que seas sincero.

—Está bien.

—¿Ella es tu esposa? —le preguntó lentamente.

—Sí, pero...

—Nada. Necesito que te vayas. —ella lo interrumpió.

—No me voy. Estamos casado, pero hace mucho tiempo que no estamos juntos. Ella me dejó por alguien, se mudó de ciudad y se llevó a mi hija. Yo vine acá para estar cerca de Camila y poder hacer los trámites del divorcio. Su relación se terminó y no ha querido firmar, fue a buscarme a la universidad porque interpuso una demanda en su contra para finiquitar esto.

—¿Cómo sabía que estabas con alguien?

—Fui a ver a mi hija, ella tomó mi móvil y lo revisó. Vio nuestros mensajes, tus fotos...

—Es muy difícil de creer. —le dijo ella con el rostro enrojecido.

—Lo sé, lo sé. Pero te lo puedo probar, tengo los documentos que dicen que estamos separados, puedes venir a mi casa y ver que vivo solo.

—Aunque así fuera, me ocultaste esto.

—Lo sé, fui un imbécil. Pensé que ya todo el asunto de la universidad era demasiado y que esto implicaría perder la oportunidad de estar contigo. Yo quiero estar contigo. —le dijo él.

—Igual la perdiste.

—No digas eso, por favor. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? Por favor. —él tomó su mano.

—Nada. —ella lo soltó.

—Alicia... Yo te amo.

—Por favor, si de verdad sientes eso por mí, vete. No quiero verte.

Él la miró a los ojos y supo que era verdad, no quería verlo. Esa mirada destruyó por completo su corazón, no había alternativa. Él se fue. Ella se quedó, también completamente desconsolada. Alicia pensó que perdería los ojos de tanto llorar. Karina pensó lo mismo, ella intentó interceder por Sergio pero cuando Alicia escuchaba el nombre de él, simplemente se daba media vuelta y se encerraba de nuevo. Incluso, cambió su número para que él no pudiese contactarla, en ocasiones llegaba a la puerta del departamento pero ella no le abría. Karina salía y le explicaba que no quería hablarle, así que tenía que irse.

Alicia había durado días en casa, sin salir siquiera al trabajo, pues había renunciado; según le había dicho a su padre para buscar un trabajo en el área de química. Ella ya había enviado algunos currículos antes y su plan era dejar el taller cuando tuviera algo seguro, pero en este momento no se sentía con la voluntad suficiente para ir y ver a su padre. Él se daría cuenta que algo malo pasaba con ella y de verdad no quería contarle lo ocurrido. No deseaba verbalizar todo el asunto.

—Ali, tienes una llamada en mi móvil. —le dijo Karina desde la puerta de su habitación.

—¿De quién?

—Dicen que por un trabajo, parece importante.

—Dame. —ella tomó el móvil.

Era una de las empresas a la que ella había enviado una postulación. Habían intentado contactarla a su número, pero como no lo había logrado llamaron al móvil que colocó como secundario. Quería hacerle una entrevista

al otro día. Estaba un poco dudosa al respecto, pero aceptó. Era una excelente oportunidad.

—¿Tienes una entrevista mañana? —le preguntó Karina, quien no había salido de la habitación de Alicia mientras ella hablaba.

—Sí.

—¿Y por qué no estás saltando de emoción? —le preguntó su amiga con un tono de voz más alto de lo usual.

—No sé, no me emociona. No estoy segura.

—¿De qué?

—De ir. No tengo experiencia, es difícil. —se le notaba dudosa.

—¿Estás loca? Todos necesitan una primera oportunidad. Ellos saben que no tienes experiencia y de todas maneras te llamaron. ¡Emociónate!

—Supongo que es mi ánimo.

—Mira, entiendo que estés triste y todo eso. Pero creo que ya basta. Si no puedes vivir sin él, perdónalo y ya. Si no lo vas a perdonar, entonces supéralo. Ya te dije. —Karina salió de la habitación azotando la puerta.

Alicia supo que su amiga tenía toda la razón. Ya era hora de continuar con su vida. Sería difícil superar ya lo de Sergio, pero encerrada en su habitación jamás lo lograría. Tenía que conseguir una razón para sobreponerse y obtener un nuevo trabajo podría ser el motivo ideal en ese momento.

Salió de su habitación, cocinó, se acercó a Karina y vieron una película juntas. Su amiga supo entender que aquel corto sermón había sido exitoso y eso la contentaba mucho. Era terrible ver a su amiga tan deprimida. Aprovechó para darle algunos valiosos consejos acerca de las entrevistas de trabajo, pues tenía una larga experiencia en el asunto. Alicia la escuchó con atención y prometió hacerle caso.

A la mañana siguiente, Alicia se despertó temprano, tomó una larga ducha, se tomó un café doble, desayuno ligero y salió rumbo a su entrevista. Estaba un poco nerviosa, pero sabía que era algo perfectamente normal. Sin embargo, no tenía motivos para estarlo, la entrevista era un mero trámite; los representantes de la empresa le explicaron que estaban muy impresionados con sus méritos académicos y que tenían mucho interés en que ella formara parte del grupo de trabajo. Ella aceptó.

XII

El trabajo era ideal para Alicia. Estaba haciendo lo que siempre deseó; además, la valoraban como profesional, confiaban en su criterio y todos la trataban muy bien, era perfecto. Ella estaba impresionada. Sin embargo, seguía sintiéndose desdichada. Cuando pensaba el motivo, entonces su mente solo podía mostrarle una imagen: Sergio. Después de meses, aun no había dejado de pensar en él, ni siquiera un solo día. Tanto pensaba en él, que una noche lo vio y lo primero que pensó fue que era su imaginación.

Aquella noche, se le había hecho muy tarde en el trabajo, sin que se diera cuenta. Cuando iba conduciendo hacia su departamento, su coche comenzó a fallar. Se detuvo a un lado del camino y fue a revisar. Aunque había trabajado mucho tiempo en el taller con su padre, no tenía ni idea de que podía hacer, además de ajustar un poco la batería del carro. Él simplemente, no encendía. Trató de llamar a su padre, pero su móvil estaba muerto; no tenía batería.

Un coche se detuvo justo frente al de ella. Alicia sintió un poco de miedo, pensó que corría peligro, era tarde, estaba oscuro y muy pocas personas transitaban por allí. Vio que un hombre alto se bajó del coche y caminó en su dirección; su corazón comenzó a palpar con fuerza, pero cuando le pareció ver que era Sergio casi se le salió del pecho. Se dijo a sí misma que no era sino una ilusión, hasta que escuchó su voz.

—¿Qué sucedió?

—No enciende. —le dijo ella como pudo.

—Voy a ver si puedo hacer algo. —durante largo rato intentó encenderlo pero tampoco lo logró.

—¿Puedes prestarme tu móvil para llamar a mi papá? —le dijo ella, aun alterada por estar frente a él.

—No tengo batería. —él se lo mostró apagado.

—Yo tampoco...

—Pero si quieres vamos a mi casa y lo ponemos a cargar. Vivo cerca de acá.

—¿Siempre te detienes al ver coches fallando a un lado del camino? —le preguntó ella.

—No, supuse que eras tú. No creo que haya muchos Shelbys del 61 color crema transitando por esta ciudad. ¿Vamos?

—Prefiero quedarme acá.

—¿Y qué harás? —le preguntó él.

—Mejor ve a tu casa y por favor avísale a mi papá. Yo te doy su número.
—ella buscaba algo para escribir.

—Es peligroso. No voy a dejarte sola aquí. Puedes venir conmigo o nos quedamos los dos.

En vista de que no veía una mejor opción, Alicia bajó de su coche y subió al de Sergio. No podía creer que le estuviera ocurriendo a ella. Lo peor era que él estaba mucho más atractivo de lo que recordaba. Durante el corto trayecto, él no mencionó nada respecto a ellos dos. Hablaba de otras cosas, que en realidad Alicia no escuchaba debido a su estado alterado.

—Puedes ponerlo a cargar allí. ¿Te ofrezco algo? —le preguntó él quitándose la chaqueta.

—No, gracias. —ella se dirigió al tomacorrientes.

—Agua, entonces. —él fue a la cocina.

—Acá tienes. —él le entregó un vaso con agua.

—Gracias. —ella lo tomó por educación.

—¿Cómo has estado? —le preguntó él.

—Muy bien.

—Estás hermosa. —le dijo Sergio.

—Por favor, vine porque no tuve otra opción.

—Lo sé. Y quizás pueda aprovechar la oportunidad para decirte algo.

—No estoy interesada.

—Ten. —él le colocó un documento al lado.

—¿Qué es?

—Mi acta de divorcio.

—Qué bueno. Te felicito, supongo. —dijo ella, intentado hacer que su móvil encendiera, en vano.

—Alicia, fallé. ¿Ok? No estoy pidiéndote que regreses conmigo. Lo que estoy haciendo es diciéndote que estoy aquí y estoy esperando por ti. Estoy aguardando el momento en el que estés dispuesta a dejar que yo recupere tu confianza. Sé que sabes que fue real, que te amo.

—Si me mentiste al inicio, no puedo dejar de pensar que siempre lo harás.
—le confesó ella.

—No lo haré.

—No lo puedo creer.

—¿Aún me amas? —le preguntó él se sentó a su lado, la miró a los ojos y la besó tiernamente.

—Sí, pero no puedo confiar. —le dijo ella separándose.

—Esperaré. —le dijo él.

Alicia logró comunicarse con su padre y él salió inmediatamente a encontrarse con ella en el lugar donde estaba el coche. Sergio la llevó de regreso al lugar, aunque sentía nervios al pensar cómo lo trataría Víctor después de lo ocurrido. Sin embargo, lo saludó con mucha amabilidad, Sergio sabía que Alicia nunca le había contado a su padre lo sucedido; simplemente le había dicho que en su trabajo lo habían trasladado. Eso explicaba que Víctor le dijera que le contentaba que hubiese regresado. El padre de Alicia pudo reparar rápidamente lo que fallaba en el coche, así que ella lo encendió y regresó a su departamento.

Cuando estaba acostada, recordó la conversación con Sergio y sintió de nuevo sus dulces labios en su boca; se estremeció por completo. Luego recordó cómo hacía el amor con él y el deseo de estar a su lado la invadió. Sin embargo, su razón le indicaba que aquello no era lo adecuado, que él le había fallado de una manera imperdonable. Así que ahuyentó como pudo la imagen de él de sus pensamientos y se esforzó por quedarse dormida.

—Aló. —Alicia contestó su móvil a las tres de la madrugada varias semanas después al ver que la llamaba su padre.

—Hija, Eugenia está en labor de parte. —le dijo con muchos nervios.

—Voy para allá. —se paró de un tiro.

Karina escuchó el movimiento en el departamento y se paró extrañada. Alicia le contó lo que ocurría y ella sin pensarlo dos veces se ofreció a acompañarla. En menos de media hora, ambas habían llegado ya al hospital. Era una situación preocupante ya que Eugenia tenía programada una cesárea dentro de una semana y media, pero el parto se había adelantado. Todos estaban muy preocupados.

—No sé preocupen. Hemos podido estabilizarlos a los dos y vamos a proceder con una cesárea. Ya estamos por proceder. Todo va a estar bien. —les informó una enfermera después de dos horas.

La espera parecía interminable. A pesar de que les habían pedido calma, Víctor no paraba de temblar, Alicia era un manojo de nervios por ver a su padre por primera vez en ese estado y Karina era la única persona cuerda en ese momento. Hablándoles de los estupendos avances de la ciencia y de lo

cotidiano que era aquel procedimiento para esas personas.

—Pueden pasar a ver al niño en el retén. —informó la misma enfermera.

Alicia y Víctor prácticamente corrieron al lugar donde se encontraba el pequeño al que llamarían Gael. Habían muchos niños en el lugar, pero a ninguno de los dos se les dificultó reconocer cuál de ellos era el bebé que deseaban ver. Estaba plácidamente dormido y tenía una expresión tierna en los labios.

—Se parece a ti cuando naciste. —le dijo su padre.

—¿De verdad?

—Sí, mucho. —afirmó él emocionado.

—Es muy lindo. Es maravilloso. ¿Estás más tranquilo? —ella lo rodeó con sus brazos.

—Cuando uno tiene un hijo, no vuelve a estar tranquilo jamás. Hay tantas cosas que temo; pero tal y como sucedió el día en el que nació tu hermano y naciste tú, mi peor temor es que no logre ser feliz, que la alegría le sea esquiva o que no pueda reconocer las cosas que lo harán dichoso. —una enfermera le hizo señas para que entrara.

Desde afuera, Alicia vio cómo su padre cargaba por primera vez a su hermano. Logró divisar que una lágrima salía de sus ojos, y que esa lágrima tenía un color distinto a las de tristeza; era fácil deducir que esa era una lágrima distinta, que era de alegría. Entonces, vio que él le dijo algo a la enfermera, ella asintió y él dejó al pequeño en su lugar. Mientras salía del recinto, la enfermera la miró a ella y le hizo una seña para que entrara. Supo que la dejaría cargar al pequeño Gael.

Se colocó una baja quirúrgica y un tapabocas, entonces estuvo lista para sostener por primera vez a su hermano. La enfermera lo tomó y lo colocó en sus brazos. Ella lo sintió tan frágil, tan pequeño, tan inocente y tan perfecto que no lo podía creer. En ese mismo instante, pudo sentir como su corazón crecía de pronto y ese pequeño bebé se instalaba en ese nuevo lugar.

Al tener a Gael en sus brazos, comprendió muchas de las cosas que había escuchado de las personas y que había creído entender, pero que ahora adquiriría una nueva dimensión. Lo que comprendió mejor y de manera especial, era lo que le acaba de decir su padre; que era posible sentir temor porque un ser amado no pudiese reconocer el lugar donde se encontraba su propia felicidad. Ella supo que no estaba haciéndolo, que el temor de su padre se hacía realidad en ella.

Alicia estaba conmocionada. Por supuesto que estaba inmensamente feliz de haber recibido a su hermano y de que estuviera sano; pero estaba sorprendida de darse cuenta la manera como se había dedicado a ser infeliz. Había tenido los ojos cerrados y no había internalizado que el motivo de la vida era la felicidad, hacer lo que sea que te haga feliz. Ella sabía que lo que le hacía falta para completar su felicidad era Sergio y se había dedicado a apartarlo de ella. Se sintió torpe.

Recordó lo feliz que fue durante aquel viaje en el que lo tuvo solamente para ella y se dio cuenta que valía la pena intentarlo todo para volver a sentir esa felicidad. Sintió que prefería estar con él, esforzándose para que funcionara, que estar sin él siendo irremediablemente infeliz.

—Karina, necesito que me hagas un favor. —le dijo al regresar al departamento.

—Claro, dime.

Alicia se vistió y se maquilló lo mejor que sabía esa noche. Chequeaba constantemente la hora y casi temblaba de nervios. Karina le dijo que todo estaba organizado. Ella insistió en acompañarla, pero Alicia estaba completamente segura que esto era algo que tenía que hacerlo ella, a solas. Salió de su departamento faltando treinta minutos para la hora acordada. Pidió un taxi, pues no se sentía lo suficientemente cuerda como para manejar. Además, si las cosas salían bien, no planeaba regresar aquella noche a su departamento.

Llegó al lugar con 10 minutos de antelación. Vio a su alrededor y el ambiente estaba justo como lo recordaba. Apenas se sentó, un mesero se puso a su orden y ella le pidió una copa de vino blanco. Necesitaba tomar alcohol para agrandar su voluntad, pero nada demasiado fuerte que le hiciera desviar su propósito de aquella noche en aquel lugar.

Al verla sola, varios hombres se acercaron a ella a invitarla a bailar o a beber algo. Ella declinó la invitación de todos y de cada uno, de la manera más amable que pudo. Sin embargo, aquello le había hecho pensar que se veía tan atractiva como se lo había propuesto. Cruzaba los dedos para que aquello surtiera el efecto deseado. Miró su reloj y era la hora más cinco minutos. Comenzó a ponerse muy nerviosa. La idea de que quizás no apareciera se hizo presente en su mente; en ese caso, habría perdido su oportunidad, la mejor que había tenido alguna vez.

Cuando comenzaba a resignarse a su suerte, entonces lo vio entrar. Lucía

un poco apurado, seguramente porque estaba llegando tarde, miró para todos lados buscando a alguien; Alicia se aseguró de que no pudiera verla. Él caminó y escogió una mesa. Un mesero se acercó a él y tomó su orden. Entonces, sacó su móvil e intentó llamar; después de unos segundos, colgó la llamada y escribió un mensaje. Alicia no se perdía ni un solo movimiento de él.

—¿Qué le digo? —ella recibió un mensaje de Karina.

—Dile que vienes en camino.

Alicia estaba nerviosa, pero al mismo tiempo muy feliz; porque si él estaba allí significaba que no había perdido la oportunidad de estar con él. Ella le había pedido a Karina que lo citara en aquel lugar, el mismo donde se conocieron, con la excusa de que quería conversar algo sobre ella. Así que al presentarse, estaba queriendo decir que se interesaba por ella, que aun quería estar con ella. Así ella podría acercarse a él de una manera única.

Estaba nerviosa, respiró profundo y repasó mentalmente lo que tenía planeado hacer. De verdad esperaba que nada le fallara, que todo salieron como ella lo había imaginado; necesitaba que todo le saliera bien, quizás por primera vez en su vida. Alicia le hizo un seña al mesonero para que se acercara.

—Por favor, sírvele al caballero otro vaso de lo que esté bebiendo y dile que alguien se lo envía: pero no le digas quien, por favor. —le pidió ella.

—Claro. Con gusto.

Desde lejos, Alicia vio como el mesonero seguía sus instrucciones. Cuando él recibió el vaso, tuvo una expresión de sorpresa e intentó encontrar entre las personas quien le había enviado aquello. Alicia tuvo que de nuevo ingeniárselas para que no la viera. Él se dio por vencido y volvió a tomar su móvil. Ella supo que era el momento, no quería que él se impacientara y se fuera. Ella se levantó de su asiento y caminó con firmeza hacia donde él estaba. Llegó a la mesa de él, desde donde no podía verla.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó, él movió su cuerpo como si hubiese reconocido esa voz, aunque no volteó a verla.

—Sí, te espero a ti desde hace mucho. —le dijo aun sin verla.

—¿Desde hace cuanto? —ella se sentó al lado de él.

—Creo que desde siempre, aunque no lo sabía. Y desde hace un tiempo para acá para entregarte lo que he estado guardando para ti. —él la miró a los ojos con ternura.

—¿Qué has estado guardando para mí? —le preguntó ella.

—Todo. —respondió él.

—¿Bailamos? —ella extendió su mano.

—Por supuesto. —él la tomó.

Los dos caminaron a la pista, tomados de la mano. Sonaba una canción de moda que todos en el lugar bailaban de manera muy sensual. Sergio rodeó la cintura de Alicia con ambas manos y la trajo hacia él. Quedaron muy cerca, tanto que podía sentir su aliento mientras bailaban. No tenía que decir nada, ambos sabía que ya no volvería a estar separados a pesar de las dificultades. Ella rodeó el cuello de él entre sus brazos y lo besó apasionadamente en medio de todas esas personas, sin que nada importara más que ellos dos juntos.